



BOLETIN

DEL

SINDICATO DE OBREROS

DE LAS

ARTES BLANCAS ALIMENTICIAS

AÑO VIII

MADRID, AGOSTO DE 1932

NÚM. 18

¡GUERRA A LA GUERRA!

Trabajadores: Sobre los pueblos, todavía sangrantes, vuelve a flotar el trágico fantasma de la guerra. Afloran de nuevo en el lenguaje internacional las viejas y tremendas palabras con las cuales se empuja a los hombres a la locura del asesinato colectivo. Mientras las representantes de las naciones le hacen ofrendas líricas a la Paz en Ginebra, los Gobiernos se preparan silenciosamente para la guerra. La hipocresía diplomática reanuda su juego de muertes, friamente, en el secreto de las Embajadas. La técnica, instrumento que los hombres crearon para su bien, está nuevamente al servicio de la brutalidad. Trabajan aceleradamente las fábricas de armamentos. Otra vez, como antes de 1914, la desconfianza, el engaño mutuo, la irritación agresiva, el egoísmo nacionalista, son los factores morales que juegan papel más importante en la política del mundo.

El capitalismo internacional, cuyos intereses privados y antagónicos están cada día más en oposición con el interés general de los pueblos, está impulsando otra vez el galope de los cuatro jinetes del Apocalipsis. De Oriente a Occidente, desde Asia hasta el continente africano se están atizando los odios en el rescoldo de la gran hoguera de 1914. De nada han servido el dolor de los años pasados, la terrible experiencia de los días bárbaros, ni las vidas sacrificadas miserablemente en los campos arrasados de Europa. La paz vuelve a estar en peligro. En Oriente es el imperialismo japonés quien la amenaza, haciendo presa en la carne doliente de China, pueblo mártir cuyas entrañas han ido desgarrando los apetitos de las grandes potencias; en Occidente, son el nacionalismo alemán y el fascismo italiano los que invitan al mundo, como dieciocho años atrás, a la danza macabra de la guerra. Una política sin horizontes ideales, carente por ello de toda generosidad, entregada de lleno a la baja concupiscencia de un materialismo económico desenfrenado, trata de resucitar un pasado histórico cuyas consecuencias lloran aún las generaciones presentes. Sobre la conciencia universal, como si hubieran muerto en vano los catorce millones de hombres sacrificados en la guerra anterior, gravita ya, densa y asfixiante, la sombra de una nueva contienda guerrera.

Al clarinazo bélico del capitalismo ha de oponerse, antes de que la tragedia se consume, el clarín de llamada del proletariado mundial. Guerra a la guerra, que es la única guerra que pueden permitirse los trabajadores. Este mismo grito de alarma lo lanzaban hace poco tiempo, desde Suiza, la Internacional Obrera Socialista y la Federación Sindical Internacional. En cada país debe alcanzarse una misma y profunda resonancia. Contra la guerra futura, la ofensiva presente de los trabajadores, con cuyas vidas hacen cálculos los financieros del mundo en las columnas aritméticas de la Muerte. La vil literatura guerrera, con la cual se ha cantado tantas veces el heroísmo militar y un patriotismo agresivo y bestial, que sirve sólo para ahogar la sensibilidad de los hombres, debe ser condenada implacablemente. La guerra no es heroísmo ni aventura gloriosa. Es hambre, desolación, dolor para todos, brutalidad ciega, asesinato legalizado...

¡Trabajadores españoles! No es España uno de los pueblos que están amenazados de guerra. Pero el interés de los trabajadores del mundo es el interés nuestro; el dolor de los camaradas de otros países es el dolor nuestro. Con ellos sufrimos y con ellos venceremos en las batallas del porvenir. La solidaridad internacional, el ideal socialista que propugnamos, hasta los preceptos de la Constitución republicana de nuestro país, nos obligan a tomar posición de primera línea en el frente contra la guerra. En los mítines, en los manifestos, en toda nuestra propaganda oral o escrita debe ocupar lugar preferente el tema de ofensiva con la guerra. Sólo la hermandad espiritual de los pueblos puede evitarla. Preparémonos a ser soldados de la paz antes de que se nos empuje a ser soldados de la guerra. Y si algún día nos vemos precisados a echar mano a las armas, que sea no para combatir a camaradas que piensan como nosotros, ni para defender estúpidamente intereses privados contra los cuales venimos luchando, sino para acabar más pronto con un régimen social que, por razón de sus propias miserias, está agonizando.

Madrid, agosto de 1932.

Por la Comisión ejecutiva del Partido Socialista: REMIGIO CABELLO, MANUEL ALBAR, MANUEL CORDERO, ANASTASIO DE GRACIA, WENCESLAO CARRILLO, ANTONIO FABRA RIBAS, FRANCISCO AZORÍN, A. FERNÁNDEZ y MANUEL VIGIL.

Por la Comisión ejecutiva de la Unión General de Trabajadores: MANUEL CORDERO, WENCESLAO CARRILLO, ENRIQUE SANTIAGO, JOSÉ DÍAZ ALOR, RAFAEL HENCHE, ANTONIO MUÑOZ, ANTONIO GÉNOVA, MANUEL ALONSO ZAPATA, FERMÍN OLIVARES y FELIPE PRETEL.

MEMORIA

Ha puesto gran interés el Comité central del Sindicato en impulsar la fiscalización en los pueblos de la provincia de Madrid, encaminada al mejor cumplimiento de las bases de trabajo en vigor.

A este fin, por los compañeros que forman parte de las Comisiones inspectoras del Jurado mixto se han realizado visitas de inspección a diferentes localidades, dando lugar a levantar un acta de obstrucción al patrono de Morata de Tajuña Gonzalo Masipica, que, queriendo hacer valer su carácter de teniente de alcalde, impidió se realizara la inspección, por lo que la Comisión de sanciones le impuso una multa de 250 pesetas.

Se han levantado actas de infracción, por las que serán juzgados patronos de varios pueblos. A pesar de la gran resistencia se van imponiendo las mejoras que establecen las bases de trabajo.

Siente el Comité honda preocupación ante el afán imperialista del capitalismo mundial, que al provocar conflictos entre los pueblos engendra la ruina y la desolación que sufre la clase proletaria. Las páginas de nuestro BOLETIN registraron constantemente trabajos encaminados a crear en los trabajadores la conciencia necesaria para hacer imposibles nuevas guerras.

Al cumplirse el dieciocho aniversario del comien-

zo de la guerra europea, el Comité ha publicado un manifiesto encaminado a este fin, y ha adquirido 1.000 ejemplares del extraordinario de *El Socialista* para mandar uno a cada fábrica donde trabajan afiliados.

Tuvo conocimiento el Comité de que varios patronos panaderos no habían liquidado con la Hacienda las cantidades que habían descontado a los obreros para el pago del impuesto de Utilidades. Después de hacer gestiones encaminadas a que reintegraran este dinero a los trabajadores, y en vista de la negativa de tan honrados patronos, pusimos el hecho en conocimiento del ministro de Hacienda, quien ordenó la revisión de las liquidaciones de todos los patronos panaderos, que dió por resultado la confirmación de nuestra denuncia.

El Comité elevó al Jurado mixto un escrito encaminado a determinar la forma en que ha de cumplirse el artículo 56 de la ley de Contrato de trabajo, que establece la vacación de siete días con jornal.

Hubiéramos querido que se estableciera su cumplimiento este verano, aprovechando la favorable circunstancia del descenso en la fabricación; mas no ha sido posible, por cuanto nuestros patronos, seguramente para hacer honor a su historia, se han mostrado intransigentes a que de tal precepto se trate antes de que se cumpla el año de la promulgación de la ley, que es la interpretación que el ministerio de Trabajo da para la puesta en vigor de dicho artículo.

Considerando que han pasado las circunstancias que aconsejaron que se diera elasticidad al artículo 9.º del reglamento del Sindicato, ampliando a cuatro los dos meses de atraso en la cotización para causar baja en la organización y pagar el 20 por 100 de recargo en los cupones para recobrar los derechos, el Comité entiende debe ponerse en vigor tal precepto reglamentario, sin tolerancia de ninguna clase, desde el próximo mes de octubre.

Habiendo coincidido las Secciones de la industria de la panadería en que el ingreso de los repartidores de pan en el Sindicato debe hacerse formando una nueva Sección, el Comité propone que esto se haga desde el próximo mes de octubre.

Planteado por la Sección Francés, una vez más, el problema de concentrar los subsidios de los ancianos del Sindicato, se elaboraron por una po-

CONVOCATORIAS

Para discutir el orden del día que determina el artículo 55 de nuestro reglamento, se convoca a las juntas generales de las Secciones, en nuestro domicilio social, Piamonte, 2 (Casa del Pueblo), los días y horas siguientes:

Dependientes de Confiterías: El día 16 de agosto, a las diez y media de la noche, en el salón teatro.

Sección Candeal: El día 17 de agosto, a las cinco de la tarde, en el salón teatro.

Sección Viena: El día 18 de agosto, a las cinco de la tarde, en el salón teatro.

Sección Confiteros: El día 20 de agosto, a las cinco de la tarde, en el salón grande.

Sección Molineros: El día 21 de agosto, a las cuatro de la tarde, en el salón terraza.

Sección Churreros: El día 23 de agosto, a las doce de la mañana, en el salón terraza.

Sección Gluten: El día 23 de agosto, a las nueve y media de la noche, en el salón teatro (patio de butacas).

Sección Galliteros: El día 27 de agosto, a las seis de la tarde, en el salón terraza.

Sección Francés: El día 29 de agosto, a las seis de la tarde, en el salón grande.

No dudando que por los asuntos a tratar será la asistencia de los afiliados lo más numerosa posible, recomendando a todos la puntual asistencia.

EL COMITE CENTRAL

nencia designada por el Comité central unas bases que habían de regularizar estos subsidios, y reunidas las asambleas de las Secciones Candeal, Viena y Francés, fueron desestimadas por las dos primeras.

* * *

Por las organizaciones domiciliadas en la Casa del Pueblo del Puente de Vallecas se solicitó ayuda económica para la compra o construcción de edificio propio para Casa del Pueblo, y el Comité central acordó ofrecerles 500 pesetas para el momento en que sus planes estén en vías de realización.

* * *

La Sección Francés abrió una suscripción en beneficio del que fué afiliado a la misma Inocencio Verdeal, que gravemente enfermo tuvo necesidad de marchar a la localidad en que nació.

El Comité, teniendo en cuenta la historia societaria de este compañero, se suscribió con 100 pesetas.

* * *

Al fallecer el compañero Amodeo, que fué presidente varias veces de la Sociedad de Pintores, ésta, teniendo en cuenta su vida de luchador, y que la causa de la muerte, tras largos meses de inutilidad, fué un accidente sufrido cuando por prestación personal ayudaba a construir la Casa del Pueblo de Barajas, abrió una suscripción en beneficio de su viuda e hijos, y el Comité contribuyó con 150 pesetas.

* * *

En atención a la labor artística llevada a cabo por los Coros Socialistas, el Comité propone se suscriba el Sindicato con 10 pesetas mensuales para el sostenimiento de dicha masa coral.

* * *

La Sociedad de Albañiles El Trabajo ha abierto una suscripción en beneficio de la familia del que fué compañero Manuel Jáimez, muerto alevosamente, y el Comité propone se suscriba el Sindicato con 150 pesetas por una sola vez.

* * *

Promulgada la nueva ley de Asociaciones, y habiéndose concedido un plazo hasta el 31 de agosto para que las organizaciones amolden a ella sus estatutos, proceden los siguientes:

Artículos reformados.

El artículo 48 será modificado en cuanto se refiere al ingreso de los aprendices, que será a los dieciséis años, en vez de los catorce que actualmente se estipula, los cuales no podrán tomar parte en las votaciones hasta que hayan cumplido los dieciocho años.

EL COMITE CENTRAL

Ante dos Congresos

Van a celebrarse dos Congresos de gran importancia: el de la Unión General de Trabajadores y el de la Federación Española de las Artes Blancas.

Si bien el de la Federación de las Artes Blancas tiene para nosotros gran interés, éste queda un poco eclipsado por el de orden general que tiene el de la Unión General de Trabajadores, pues aparte de las cosas peculiares de profesión, es el de la Unión el que ha de determinar la orientación del movimiento obrero y su estructura para que resulte eficaz.

En el Congreso de la Unión General de Trabajadores se va a tratar, una vez más, de la estructura del organismo, y se persiste por la Ejecutiva en la idea de que la Unión sea un organismo a base de Federaciones profesionales. Ya hace mucho tiempo que se viene sosteniendo el criterio de las Federaciones de industria; pero la idea sustentada penetra con dificultad en la mente de los militantes. Y es acaso por esto por lo que, a pesar del tiempo transcurrido, se encuentran los mismos obstáculos que en los primeros momentos de su exposición, o porque los trabajadores ven que las Federaciones profesionales (salvo excepciones, que después señalaré) no pueden representar una fuerza efectiva, y se prestan, con la intuición que da la necesidad de defenderse, a crear dicha fuerza en Federaciones locales y provinciales, en las que se unen los trabajadores de los distintos oficios para crear el organismo que los defienda de los ataques de la burguesía y les permita a su vez atacar a ésta.

A mi juicio, se comete un error al querer estructurar la Unión General de Trabajadores en Federaciones profesionales, queriendo hacer de éstas organismos de lucha, que no podrán serlo, pues su fuerza estará tan desperdigada que resultará poco eficaz, y, en cambio, tienen el inconveniente de aislar a las organizaciones locales por profesiones, rompiendo una organización local, que es una fuerza efectiva.

Será mucho más eficaz que la Unión General de Trabajadores se estructure a base de organizaciones locales y provinciales, dejando a las Federaciones profesionales una papel limitado: estadísticas, relaciones profesionales, reclamaciones de leyes protectoras peculiares de la profesión, etcétera; es más: aunque se les quiera dar otro cometido no podrán cumplirle, y, por tanto, no haríamos otra cosa que perder un tiempo precioso en el ensayo.

Al estructurarse la Unión General de Trabajadores en organizaciones locales no debe ser de la manera anárquica que en la actualidad, sino que la Unión debe ser quien indique la forma de constitución de los organismos inferiores, con arreglo a las necesidades del proletariado y ejerciendo en todo momento un control sobre su actuación y orientación. Quizá esto reste algo de la autonomía que gozan las Secciones; pero les dará una eficacia de que hoy carecen.

Por tanto, la base de la organización debe ser

no la Federación profesional, sino el Sindicato de industria, y éste (el título lo indica) tendrá toda la extensión de aquélla. Será, pues, nacional en aquellas industrias cuya extensión lo es, como ferroviarios, teléfonos, petróleos, Banca, etc. Esto será arma eficaz; pero el querer hacer de todas las Federaciones profesionales Federaciones de industria es un gran error; entre otras dificultades, porque los Sindicatos que habrían de formarlas serían de distinta composición en cada localidad.

También en el Congreso de nuestra Federación han de acometerse el problema de la estructuración y el de la base múltiple, entre otros de gran importancia. De los dos enunciados, el primero más que en la Federación ha de resolverse en la Unión General de Trabajadores; el segundo tiene gran importancia, tanto por el fondo del asunto como por la forma en que se acometa. Es decir: que es hora ya de que las organizaciones den la cara a sus problemas y los resuelvan, pues ya han llegado a la mayoría de edad, y no debe ser norma en nosotros cantar las excelencias de una cosa y dejarla para otro Congreso. Esto será querer dar la apariencia de haber enfocado muchos asuntos para ir dejándolos en el cesto, y esto, a la altura a que han llegado nuestras organizaciones, no nos está permitido.

La eficacia de los Congresos obreros no puede estar ya en que traten muchas cosas, sino en que resuelvan los problemas que se les planteen. Ya no se puede perder mucho tiempo en tratar cosas pequeñas y en muchos casos ineficaces, ni en hacer muchas reclamaciones a los Gobiernos (la mayor parte de las cuales se sabe que no han de tener otro valor que el de figurar en las actas). Hoy debe aprovecharse este tiempo en crear fuerza organizada, que es lo que ha de dar satisfacción a las justas aspiraciones de los trabajadores.

Felipe GARCIA

DEL MOMENTO INTERNACIONAL

Al escribir estas líneas, anuncia la prensa mundial haber llegado a una inteligencia las grandes potencias, en la Conferencia de Lausana, sobre las reparaciones de la última guerra.

Motivo es éste que tenía a la Humanidad pendiente de lo que resultara de sus deliberaciones.

¿Podemos estar satisfechos del resultado obtenido? Muy limitadamente, por lo que el fundamento principal que motiva tal inquietud subsiste en pie.

Limitadamente, por cuanto la base de esa inteligencia a que según la prensa han llegado consiste en ceder parte de las cantidades que como indemnización vienen obligadas a pagar, unas naciones a otras, en concepto de reparaciones de guerra; pero, en cambio, surge la duda, y por ello todas las miradas caen recelosas, en el futuro presidente de los Estados Unidos, que no se sabe cómo pensará sobre tan inminente problema, ya que es una nación de las que juegan principal papel en las directrices del universo.

No podemos cifrar ninguna esperanza en los resultados de la Conferencia, ya que al capitalismo, que sigue dominando e imponiendo el ritmo de las naciones a su antojo y conveniencia, no ha de faltarle una circunstancia propicia todos los días para con cualquier pretexto fútil liar a las cancillerías diplomáticas e influir en que no hallen solución hasta lograr sus deseos.

Por tanto, el temor a una nueva guerra no podrá desaparecer sin antes acabar con esa lacra que domina todos los ámbitos del planeta, que no le importa ver caer a sus pies todas las grandezas de la civilización, del progreso (hechas con el esfuerzo y el sacrificio moral y material de los hombres) y de la Naturaleza, y todas las vidas de seres humanos que, por serlo, deben considerar como hermanos suyos, con tal de saciar sus apetitos desmedidos hasta ver repletas sus bolsas de oro.

Es por esto por lo que la ofensiva en contra de una nueva guerra debe enfocarse directamente contra el capitalismo, responsable genuino, por ser quien incuba esta amenaza que hoy la diplomacia de todos los países ha tratado de contener.

Desechemos la hipótesis de que a nadie más puede beneficiar tal hecho, puesto que si bien es verdad que momentáneamente alguien puede considerarse beneficiado (pequeña burguesía, militarismo, profesiones liberales, etc., etc.), al fin se verán cogidos en las mallas del gran capital, haciéndolos víctimas propiciatorias de él.

Así, pues, que, aun admitiendo la posibilidad de que con el convenio de Lausana desaparece la inminencia de una próxima declaración de guerra de consecuencias incalculables, aprovechemos esta circunstancia para laborar haciendo ésta odiosa, aunando la acción todos los trabajadores, tanto del músculo como del cerebro, haciéndole ver al capitalismo que no hemos de empuñar las armas homicidas, llámense como se llamen, ninguno de nosotros, ni aun siquiera para derrocarles de sus posiciones privilegiadas, pues sabremos echarles con las armas de la inteligencia y de la capacitación, para regir los destinos del mundo en un régimen de razón y de justicia social más digno y humano que el presente.

El camino ya está iniciado por varios países; es nuestro deber prestarle el calor y el apoyo necesario hasta conseguir la mayor obra que pensar pudo la Humanidad.

Gabriel CARVAJAL

¡NUNCA MAS GUERRAS!

Trabajadores: Recordemos que en la guerra europea hubo 12.996.571 muertos, 16.257.000 heridos, 5.669.000 inválidos, se gastaron dólares 186.233.637.097 y hubo una pérdida de propiedad por valor de 84.510 millones de dólares. Esta es la guerra. Por su desaparición definitiva tenemos que luchar todos.

EL PUESTO DE SOCORRO

A partir de aquí estamos a la vista de los observatorios enemigos, y no conviene salir de los fosos. Seguimos en primer lugar el de la carretera de los Pylones. La trinchera está abierta sobre la cuesta de la carretera, y ésta está borrada y sus árboles han sido extirpados; la trinchera la ha roído y tragado casi toda, y lo que quedaba ha sido invadido por la tierra y la hierba e igualado con los campos hasta la eternidad. En ciertos lados de la trinchera donde se han reventado dejando un alvéolo fangoso, se encuentra a la altura de los ojos el pedregoso de la ex carretera carcomido o las raíces de los árboles de la orilla que han sido talados e incorporados a la substancia del talud. Este está desigual como una ola de la tierra, de residuos y de espumas oscuras escupidas y llevadas por la inmensa llanura hasta el bordo del foso.

Llegamos a un nudo de las zanjas: en lo alto del otero que se perfila sobre el nubarro gris un lúgubre cartel está hincado oblicuamente en el viento.

La red de las trincheras se estrecha cada vez más, y los hombres, que desde los puestos del sector afluyen al puesto de socorro, se multiplican y amontonan en los profundos caminos.

Las tristes callejuelas están jalonadas de cadáveres. La pared se ve interrumpida a irregulares intervalos hasta el hondo por hoyos completamente nuevos; embudos de tierra fresca que cortan el terreno enfermo, y unos cuerpos terrosos están acurrucados, con las rodillas junto a los dientes o apoyados en la pared mudos y de pie, como sus fusiles, que esperan al lado de ellos. Algunos de esos muertos erguidos vuelven hacia los supervivientes sus caras salpicadas de sangre, u, orientados hacia otro lado, cambian su mirada con el vacío del cielo.

José se detiene para respirar. Le digo, como a un niño:

—Ya llegamos, ya llegamos.

La vía de desolación, de siniestros baluartes, se estrecha aún más. Se tiene una sensación de ahogo, una pesadilla de profundidad que se contrae y asfixia, y sus bajos fondos, cuyas murallas parecen irse aproximando, cerrándose; nos vemos obligados a detenernos, a andar de lado, a hacer esfuerzos y a molestar a los muertos y a ser empujados por la desordenada fila de los que inundan sin cesar la retaguardia: mensajeros, tullidos, quejumbrosos, chillones, frenéticamente precipitados, empurpurados por la fiebre, pálidos y estremecidos por el dolor.

Toda esa multitud desemboca, se amontona y gime al fin en la plazoleta donde se abren los agujeros de los puestos de socorro.

Un médico gesticula y vocifera para defender un poco el sitio libre contra la creciente marea que se agolpa en el dintel del abrigo. Practica al aire libre, en la entrada, curas sumarias, y se dice que no ha parado, ni sus ayudantes tampoco, durante toda la noche y todo el día, y está realizando una tarea sobrehumana.

Al salir de sus manos, una parte de los heridos es tragada por el puesto del pozo; otra es evacuada a la parte trasera del puesto de socorro, más ampliamente dispuesta en la trinchera de la carretera de Bèthune.

En este estrecho hueco que dibuja el cruce de las zanjas, como en el fondo de una especie de corte de los milagros, hemos esperado dos horas, apelonados, empujados, asfixiados, ciegos, pisándonos unos a otros, como el ganado, en un olor de sangre y de carne de matadero. Las caras se alteran y enflaquecen de minuto en minuto. Uno de los pacientes no puede aguantar más las lágrimas, las suelta a chorro y, sacudiendo la cabeza, riega con ella a sus vecinos. Otro, que sangra como una fuente, grita: «Eh, cuidado conmigo!» Un joven de ojos encendidos levanta los brazos y aúlla como un condenado: «¡Yo ardo!», y ruge y resopla como una pira.

Curan a José. Se abre paso hasta mí y me tiende la mano.

—No es grave, según parece. Adiós — me dice.

La agitada muchedumbre nos separa inmediatamente. La última mirada que le dirijo me la presenta con la cara deshecha, pero absorbido por su herida, dejándose conducir por un camillero de la división que le ha puesto una mano en el hombro. Y de pronto dejo de verlo.

En la guerra, la vida y la muerte os separan sin dar tiempo para pensarlo.

Me dicen que no continúe aquí, que baje al puesto de socorro para descansar antes de marcharme.

Hay dos entradas muy bajas al ras del suelo. En ésta se abre la boca de una galería en cuesta, estrecha como una alcantarilla. Para penetrar en el puesto hay que volverse y andar de espaldas, doblando el cuerpo, en este tubo estrecho donde el pie siente dibujados los escalones: cada tres pasos, un escalón alto.

Cuando se ha penetrado en él se está como preso y se siente la impresión de que no hay espacio para bajar ni para volver a subir. Hundiéndose en este abismo, continúa la pesadilla de ahogo que se ha ido sintiendo gradualmente a medida que se avanza en las trincheras antes de embarcar aquí. Por todas partes tropiezo, vacilo y me siento aprisionado en la estrechez del paso; me detengo, arrinconado. Hay que cambiar de sitio las cartucheras, haciéndoles correr por el cinturón, y coger la mochila en los brazos, contra el pecho. En el cuarto escalón aumenta la estrechez, y siento una momentánea angustia: a poco que se levante la rodilla para avanzar de espaldas, se está tocando el abovedado. En este sitio hay que arrastrarse a cuatro patas, retrocediendo también. A medida que descendiendo en la profundidad, me envuelve una atmósfera apesadumada y pesada como la tierra. La mano siente el contacto frío, pegajoso, sepulcral, de la pared de arcilla. Esta tierra me pesa por todos lados, me envuelve en la mortaja de una lúgubre soledad y me sopla en la cara su hálito ciego y mohoso.

En los últimos peldaños, lentamente bajados, me veo asediado por el rumor embrujado que sube del agujero, tibio, como de una cocina.

Cuando llego al fin a lo hondo del subterráneo escalonado, que me conduce y me oprime a cada paso, no ha terminado el mal sueño: me encuentro en una cueva oscura, larguísima y estrecha; no es más que un corredor de un metro cincuenta de alto. Si deja uno de agacharse y de andar con las rodillas dobladas, tropieza violentamente con la cabeza en los maderos que forman el techo del abrigo, e invariablemente se oye a los que llegan gruñir— más o menos fuerte, según su humor y estado —: «¡Bueno. Menos mal que llevo el casco puesto!»

En una rinconera se distingue el gesto de un sér encogido. Es un enfermero de guardia que dice, monótono, a todos los que entran: «¡Quitate el barro de las botas antes de entrar.» Hay un montón de barro acumulado al final de los escalones, en el umbral de este infierno, en el que todos tropiezan y se clavan.

En la algarabía de las lamentaciones y de los gruñidos, en el fuerte olor producido por las innumerables heridas, en esta tenebrosa decoración de caverna poblada de una vida confusa e ininteligible, procuro orientarme. Débiles llamas de velas lucen a lo largo del abrigo, sin borrar la obscuridad más que en los lugares en que la taladran. En el fondo, a lo lejos, como al final de los olvidados calabozos subterráneos, aparece una vaga luz natural; ese turbio tragaluz permite adivinar unos grandes objetos alineados a lo largo de un corredor: camillas bajas como féretros. Y se ven moverse alrededor y encima de ellas unas sombras inclinadas y rotas, y contra las paredes removerse filas y racimos de espectros.

Vuelvo la mirada. En el lado opuesto a aquel en que se filtra la lejana luz hay amontonada una multitud ante la lona de una tienda, tendida desde la bóveda hasta el suelo. Esta lona forma de ese modo un apartado cuya luz se ve transparentarse a través del tejido color de ocre y como embreado. En ese reservado, a la luz de una lámpara de acetileno, ponen las inyecciones contra el tétanos. Cuando la lona se levanta para dejar salir y después entrar a alguien, veo salpicarse la luz sobre las ropas desabrochadas y harapietas de los heridos que permanecen delante, esperando el pinchazo, encorvados, arrodillados, sentados o rampantes; se empujan para no perder su turno de espera o coger el de otro, gritando «¡Yo! ¡Yo!», como ladridos. En ese rincón donde se agita la contenida lucha, el tibio olor de acetileno y de los hombres ensangrentados es un trago terrible.

Me aparto de él. Busco un sitio donde meterme y sentarme. Avanzo un poco a tientas, siempre inclinado, torcido y con las manos hacia adelante. A favor de la pipa que enciende un fumador veo delante de mí un banco cargado de seres humanos.

Mis ojos se habitúan a la penumbra encharcada en la cueva y distingo bastante bien esa hilera de personajes, cuyos vendajes y algodones ponen su mancha pálida en cabezas y miembros.

Cojos, acuchillados, deformes — inmóviles o agitados —, montados en esa especie de barca, parecen, ahí clavados, una confusa colección de sufrimientos y de miserias.

Uno de ellos grita de pronto, se incorpora y vuelve a sentarse. Su vecino, con el capote desgarrado y la cabeza desnuda, lo mira y le dice:

— ¡Cuándo acabarás de gemir!

Y repite varias veces la misma frase al azar, con los ojos fijos ante sí y las manos sobre las rodillas.

Un joven sentado en medio del banco habla solo. Dice que es un aviador. Tiene quemaduras en un lado del cuerpo y en la cara. Continúa ardiendo en la fiebre y le parece que aún le muerden las agudas llamas que brotan del motor. Murmura: «*Gott mit uns!*» (¡Dios está con nosotros!).

Un zuavo con el brazo en un cabestrillo, caído hacia un lado, llevando el hombro como un peso desgarrador, se dirige a él:

— ¿Tú eres el aviador que se ha caído?

— ¡Cuántas cosas he visto!... — responde el aviador trabajosamente.

— ¡Yo también he visto!... — interrumpe el soldado —. ¡Poco ruido armarían algunos si hubieran visto lo que yo!

— Siéntate aquí — me dice uno de los hombres del banco, dejándome sitio —. ¿Estás herido?

— No; he conducido aquí a un herido y me voy a marchar.

— Entonces estás peor que herido. Ven y siéntate.

— Yo soy alcalde en mi pueblo — explica uno de los sentados —; pero cuando vuelva nadie me reconocerá por el mucho tiempo que he estado triste.

— Ya hace cuatro horas que estoy aquí, pegado a este banco — gime una especie de mendigo, cuya mano intrépida, con la cabeza caída, la espalda redonda y con el casco sobre las rodillas, como una escudilla palpitante.

— Yo espero ser evacuado, ¿sabes? — me dice un herido gordo que jadea, suda y parece hervir con toda su masa; su bigote cuelga como despegado por la humedad de su faz. Presenta dos grandes ojos opacos y no se ve su herida.

— Eso mismo es — dice otro —. Todos los heridos de la brigada vienen a amontonarse aquí, uno tras otro, sin contar los que hay en otros sitios. Si, mira: éste es el basurero de toda la brigada.

— Yo estoy gangrenado, destrozado y hecho pedazos interiormente — salmodiaba un herido que, con la cabeza entre las manos, hablaba entre sus dedos —. Sin embargo, hasta la semana pasada fui joven y limpio. Me han cambiado; ahora tengo que arrastrar un cuerpo viejo y sucio.

— Yo — dice otro — tenía ayer veintiséis años. ¿Qué edad tengo ahora?

Intenta levantarse para que vea su cara temblorosa y mustia, envejecida en una noche, descarnada, con los hoyos en las mejillas y en las órbitas y una llama de lamparilla apagándose en la mirada turbia.

— ¡Me duele! — dice humildemente un sér invisible.

—¡Cuándo dejarás de gemir! — repite otro maquinamente.

Un silencio. El aviador exclama:

—Los oficiales procuran, en ambos lados, cubrirse la voz.

—¿Qué es eso? — pregunta el zuavo con extrañeza.

—¿Te has vuelto loco, amigo? — pregunta un cazador herido en la mano, con un brazo liado al cuerpo, abandonando un momento con la vista su mano momificada, para considerar al aviador.

Este tenía la mirada perdida e intentaba explicar un misterioso cuadro que llevaba ante los ojos por todas partes:

—Desde arriba, desde el cielo, no se veía gran cosa. ¿Saben ustedes? Entre los cuadros de los campos y los montoncitos de los pueblos, las caminos parecen hilos blancos. También se descubren ciertos filamentos huecos que parecen haber sido trazados con la punta de un alfiler arañando la fina arena. Esas redecillas que festonean la llanura con un trazo regularmente tembloroso son las trincheras. El domingo por la mañana volaba yo por la línea de fuego. Entre nuestras primeras líneas y sus primeras líneas, entre los bordes extremos, entre las franjas de los dos ejércitos inmensos que hay allá abajo, uno frente a otro, mirándose sin verse, esperando, no hay mucha distancia: a veces cuarenta metros; otras, sesenta. A mí me parecía que no había más que un paso, desde la gigantesca altura a que volaba. Y de pronto distingo, entre los boches y entre nosotros, en esas líneas paralelas que parecían tocarse, dos hormigueos semejantes: una masa, un núcleo animado y, alrededor, como granos de arena negra desparramados sobre arena gris. Casi no se movían; no daban la impresión de una llamada. Bajé, dando algunas vueltas, para enterarme.

Comprendí: era domingo y eran dos misas celebrándose debajo de mí; el altar, el sacerdote y el rebaño de los individuos. Cuanto más bajaba, mejor veía que las dos agitaciones eran iguales; tan exactamente iguales como idiotas. Una de las ceremonias — a elegir — era reflejo de la otra. Me parecía que estaba viendo doble. Bajé más aún; no me disparaban. ¿Por qué? No lo sé. Volaba en relenti. Y oí. Oí un murmullo; uno solo. No recogía más que una plegaria, que se elevaba en un solo bloque; un solo ruido de cántico subía al cielo, pasando por mí. Yo iba y venía en el espacio escuchando la vaga mescolanza de rezos que, aunque contrarios, se mezclaban, y, cuanto más intentaban sobreponerse, más se unían en las alturas del cielo en que yo me hallaba suspendido.

Recibí unos «shrapnells» en el momento en que, muy bajo, distinguía los dos gritos terrenales que formaban su grito: ¡*Gott mit uns!* y «¡Dios está con nosotros!» y me remonté otra vez.

El joven bajó la cabeza, cubierta de vendas. Estaba como enloquecido por su recuerdo.

—Me dije en aquel momento: Yo estoy loco.

—La que está loca es la verdad de las cosas — contestó el zuavo.

Con los ojos brillantes por el delirio, el narra-

dor procuraba dar la gran impresión emocionada que lo asediaba y contra la cual se defendía.

—¡No, no puede ser! — dijo —. Figuraos esas dos masas idénticas que aúllan cosas idénticas y contrarias, sin embargo; esos gritos enemigos que tienen la misma forma. ¿Qué dirá el buen Dios de todo eso? Ya sé yo que él lo sabe todo; pero, aun sabiéndolo todo, estará sin saber qué hacer.

—¡Vaya un cuento! — gritó el zuavo —. ¡Mucho le importamos nosotros! No te preocupes. Además, ¿qué tiene de particular todo eso? Los tiros de fusil hablan también la misma lengua, y eso no evita que los pueblos se destruyan con ellos, ¡y de qué manera!

—Sí — dice el aviador —; pero no hay más que un Dios. Lo que no comprendo no es la salida de las oraciones, sino su llegada.

Decayó la conversación.

—Hay un montón de heridos tendidos ahí dentro — me dice un hombre de ojos esmerilados —. Yo quisiera saber cómo los han podido traer. Ha debido de ser terrible su bajada hasta aquí.

Dos coloniales duros y flacos que se sostenían como dos borrachos llegaron, tropezaron con nosotros y retrocedieron buscando en el suelo un sitio donde dejarse caer.

—Amigo mío — acaba de contar uno con ronca voz de órgano —, en aquella trinchera estuvimos tres días sin avituallamiento; tres días completos sin nada, nada. Nos bebíamos nuestros orines; pero con eso ¿qué?

El otro, en respuesta, explicó que antaño había tenido el cólera.

¡Ah, es una cosa sucia! Fiebre, vomitonas, cólicos. Amigo mío, ¡qué malo me puse!

—Pero, entonces — rugió de pronto el aviador, que se empeñaba en perseguir la solución del gigantesco enigma —, ¿en qué piensa ese Dios, dejando creer de ese modo que está con todo el mundo? ¿Por qué nos deja gritar a todos como locos y como animales: «¡Dios está con nosotros!» «No, estáis equivocados: ¡Dios está con nosotros!»?

Un gemido se elevó de una camilla, y durante un instante revoloteó solo en el silencio, como una respuesta.

—Yo — dijo entonces una voz de dolor — no creo en Dios. Yo sé que no existe, por causa del sufrimiento. Podrán contarnos las historietas que quieran y hacer acerca de eso todas las frases que les parezcan y que quieran inventar. Todo este sufrimiento inocente saliendo de un dios perfecto no es más que un embuste y un rompecabezas.

—Yo — replica otro de los hombres del banco — no creo en Dios, a causa del frío. He visto hombres convertidos en cadáveres poco a poco, nada más que por el frío. No hay quien me saque de ahí.

—Para creer en Dios sería preciso que no hubiese nada de eso. ¡Y estamos tan lejos de ello!

Varios mutilados, a un tiempo, sin verse, concuerdan con un movimiento negativo de cabeza.

—Tenéis razón — dice otro —; tenéis razón.

Estos hombres, hechos añicos, esos vencidos, aislados y esparcidos en la victoria, tienen un co-

mienzo de rebelión. Hay en la tragedia de los acontecimientos minutos en que los hombres son no solamente sinceros, sino veraces, y en que se ve en ellos la verdad frente a frente.

—Yo — dijo un nuevo interlocutor — no creo en Dios porque...

Un terrible ataque de tos continúa horrorosamente la frase. Cuando para de toser, con las mejillas violáceas, empapado en llanto, oprimido, le preguntaron:

—¿Dónde estás tú herido?

—No estoy herido: estoy enfermo.

—¡Ah, ya! — dijo uno con acento que significaba: Entonces tú no eres interesante.

Lo comprendió él, e hizo valer su enfermedad:

—Estoy apañado. Escupo sangre. No tengo fuerzas. Y ya sabes que cuando la cosa toma este camino, no retrocede.

—¡Ah, ah! — murmuraron los camaradas, indecisos; pero convencidos, a pesar de todo, de la inferioridad de las enfermedades civiles ante las heridas.

Resignado, bajó la cabeza y repitió en voz baja, hablando consigo mismo:

—No puedo andar. ¿Dónde quieres que vaya?

En el abismo horizontal que de camilla en camilla se alargaba, empequeñeciéndose hasta casi perderse de vista en el pálido orificio del día; en este vestíbulo desordenado, donde parpadean aquí y acullá las pobres llamas de las velas rojizas y febriles, y sobre las que se arrojan de vez en cuando grandes alas de sombras, se produce un reflujo, no se sabe por qué. Se ven agitarse los miembros y las cabezas y se oyen llamadas y quejas, despertándose mutuamente y propagándose como espectros invisibles. Los cuerpos tendidos ondulan, se repliegan y se vuelven.

Distingo en esta especie de pocilga, en el seno de esta horda de cautivos, degradados y castigados por el dolor, la masa espesa de un enfermero, cuyos hombros cabecean como un saco llevado transversalmente, y cuya estentórea voz repertute galopando por la cueva:

—¡Ya has tocado otra vez tus vendajes, animal, bruto! Voy a arreglártelos porque eres tú; pero como vuelvas a tocarlos más, verás lo que te voy a hacer.

Y le veo, en el ambiente gris, dando vueltas a una venda de tela alrededor del cráneo de un buen hombre, pequeñito, casi en pie, con los cabellos erizados y una barba enfilada hacia delante, que se deja arreglar, con los brazos colgando y en silencio.

Pero el enfermero le abandona, mira al suelo y exclama estruendoso:

—¿Qué es eso? Pero, oye, ¿te has vuelto loco? ¿Qué es eso de acostarse sobre un herido?

Y con su voluminosa mano zalea un cuerpo y saca, no sin vocear y blasfemar, un segundo cuerpo, desplomado, sobre el cual se había tendido el primero como en un colchón, mientras el pigmeo del vendaje, al verse libre, y sin abrir la boca, se lleva las manos a la cabeza e intenta otra vez quitarse los trapos que le oprimen el cráneo.

Empujones y gritos: unas sombras perceptibles sobre un fondo luminoso parecen hacer disparatados movimientos en el fondo de la cripta. Son

varios, alumbrados por una vela, alrededor de un herido y sacudidos por él; lo sujetan, con grandes trabajos, en su camilla. Es un hombre que ya no tiene pies. Tiene en las piernas unos vendajes terribles, con palos, para refrenar la hemorragia. Sus muñones han llenado de sangre las vendas de tela, y parece que lleva calzones encarnados. Tiene una cara de diablo, brillante y sombría, y está delirando. Se dejan caer sobre sus hombros y sus rodillas; porque ese hombre que tiene los pies cortados quiere saltar fuera de la camilla para irse.

—¡Dejadme salir! — ruje, con una voz estremecida por la cólera y la fatiga, voz de bajo con repetidas sonoridades, como cuando se pretende tonar suavemente una trompeta —. ¡Me caso en diez: dejadme salir, os estoy diciendo! ¿Vosotros creéis que yo me voy a quedar aquí? ¡Vamos; soltadme u os salto sobre las patas!

Se contrae y se distiende tan violentamente, que hace ir y venir a cuantos intentan inmóvilizarlo con sus pesos encima; y se zigzaguea la vela en la mano de un hombre arrodillado que con el otro brazo ciñe al loco truncado; y éste grita tan fuerte, que despierta a los que duermen y sacude el letargo de los demás. Todos se vuelven hacia ese lado, se medio levantan, ponen oído a sus incoherentes lamentaciones, que acaban por apagarse en la negrura. En el mismo momento, en otro rincón, dos heridos acostados, crucificados en el suelo, se invectivan, y hay necesidad de llevarse uno de ellos para romper el enfurecido coloquio.

Me alejo hacia el punto en que la luz exterior penetra entre las vigas entrelazadas, como a través de las rejas de un calabozo. Salto por la interminable serie de camillas que ocupan toda la extensión de esta alameda subterránea, baja y ahogada, en que me asfixio. Las formas humanas tendidas aquí, sobre camillas, no se mueven casi, bajo los fuegos fatuos de las velas, en sus sordos quejidos y sus estertores.

Un hombre se ha sentado en el borde de una camilla, apoyándose en la pared; y en medio de las sombras de sus ropas entreabiertas aparece un pecho demacrado de mártir. Su cabeza, echada hacia atrás, está velada por la sombra; pero se adivinan los latidos de su corazón.

El día que, gota a gota, se filtra al final procede de un derrumbamiento: varios obuses caídos en el mismo sitio han acabado por reventar el espeso techo de tierra del puesto de socorro.

Aquí, algunos reflejos blancos manchan el azul de los capotes en los hombros y a lo largo de los pliegues. Veo apelo-tonarse cerca de ese agujero, para disfrutar un poco el aire pálido y separarse de la necrópolis, como muertos semidespiertos, un tropel de hombres paralizados por las tinieblas y por la debilidad. Al final de la negrura, ese rincón se presenta como una liberación, como un oasis donde es posible estar de pie y donde se es angelicalmente acariciado por la luz del cielo.

—Había ahí unos hombres que han sido destripados al estallar los obuses — me dice uno que esperaba, con la boca entornada, el pobre rayo de luz metido en la tierra —. Ahí tienes al cura

recogiendo todos los pedazos de aquellos cuerpos que saltaron en el espacio.

El grandote sargento sanitario, con un chaleco de caza, marrón, que le presta un torso de gorila, quita las entrañas y las vísceras que cuelgan, retorcidas, alrededor de las vigas del armazón derrumbado. Se sirve para ello de un fusil provisto de bayoneta, porque no ha podido encontrar un palo bastante largo; y el grueso gigante calvo, barbudo y asmático maneja el arma torpemente. Tiene una fisonomía dulce, bondadosa y desgraciada, y mientras procura recoger por los rincones residuos de intestinos, murmura consternado una retahíla de «¡Oh!», como un rosario de suspiros. Sus ojos se ocultan tras unas gafas azules; su respiración es ruidosa. Tiene un cráneo de pequeñas dimensiones, y la enorme gordura de su cuello tiene forma cónica.

Viéndole enganchar y colgar al aire las tiras de entrañas y de jirones de carne, con los pies enterrados en los erizados escombros, al final del largo callejón, saturado de gemidos, parece un carnicero ocupado en alguna tarea diabólica.

Me he dejado caer en un rincón, con los ojos medio cerrados, sin ver más que el espectáculo que yace, palpita y cae en torno mío.

Percibo confusamente fragmentos de frases. Siempre la terrible monotomía de la historias de heridas:

—¡Dios de Dios! En el sitio, estoy seguro de que las balas se tocan unas con otras...

—Tenía la cabeza atravesada de una sien a la otra. Se habría podido pasar un hilo...

Más cerca de mí, cuchichean al final de un relato:

—Cuando duermo, sueño, y me parece que vuelvo a matarlo.

Otras evocaciones resuenan entre los heridos aquí inhumados, como el runruno de los innumerables engranajes de una máquina que gira...

Uno se adelanta, ciego, tocando la pared con un palo, y se acerca a mí.

¡Es Farfadet! Lo llamo. Se vuelve, y muy cerca de mí, y me dice que tiene un ojo destrozado. El otro ojo está vendado. Le cedo el asiento y le hago sentar poniéndole por los hombros. Se deja llevar y, sentado al otro lado de la pared, espera pacientemente, con su resignación de empleado, como en una sala de espera.

Me dejo caer un poco más allá, en un sitio vacío. Dos hombres tendidos se hablan en voz baja. Son dos soldados de la legión extranjera, con casco y capote de azul oscuro.

—No vale la pena decir tonterías — dice en tono de burla uno de ellos.

—De ésta no me salvo. Tengo el intestino atravesado. Si estuviera en un hospital, en una ciudad, me operarían a tiempo y podría pegarse esto. ¡Pero aquí! Ayer fui herido. Estamos a dos o tres horas de la carretera de Béthune y de la carretera. ¿Cuándo nos cogerán? ¿Cuándo habrá hasta una ambulancia donde puedan operar? La culpa no es de nadie, ¿comprendes?; pero es así. Ahora la cosa no va muy mal del todo. Pero ya comprenderás que esto no puede durar mucho,

puesto que tengo un boquete en el paquete de mis tripas. Tu pata se pondrá bien o te pondrán una postiza. Pero yo me muero.

—¡Ah! — dice el otro, convencido por la lógica de su interlocutor.

Este continúa:

—Escucha, Domingo: tú has llevado una mala vida. Bebías y tenías un mal vino. Tienes una mala historia judicial.

—No puedo decir que no es verdad, porque lo es — dice el otro —. Pero eso ¿qué te importa?

—Llevarás otra vez mala vida después de la guerra, forzosamente, y tendrás molestias por el asunto del tonelero.

El otro, salvaje, se pone agresivo:

—¡Calla la boca! ¿A ti qué te importa eso?

—Yo no tengo más familia que tú. Nadie más que Luisa, que no es de mi familia, puesto que no estamos casados. Yo no tengo ninguna condena, como no sea alguna tontería militar. Sobre mi nombre no hay nada.

—Bueno, ¿y qué? ¿A mí qué me importa eso?

—Te diré: toma mi nombre. Te lo doy, ya que ni uno ni otro tenemos familia.

—¿Tu nombre?

—Te llamarás Leonardo Carlotti, y ya está. No es difícil. A ti ¿qué más te da? Y de ese modo ya no sufrirás condena alguna. Nadie te molestará y podrás ser feliz, como yo lo hubiese sido si esta bala no me hubiera atravesado el almacén de comestibles.

—¡Ah, mierda! — dice el otro —. ¿Serías tú capaz de hacer eso? ¡Me dejas turulato!

—Tómalo. Ahí está, en mi cartilla, en el capote. Vamos, tómala y dame la tuya. Yo me llevo todo eso conmigo, y tú podrás vivir tranquilo donde quieras, menos en mi tierra, en Longueville, en Túnez, donde todos me conocen. ¿Te acordarás? Además, está ahí escrito. Tienes que leer esa cartilla. Yo no se lo diré a nadie. Para que esas cosas tengan éxito hay que guardar el secreto.

Se recoge, y dice con estremecimiento:

—Se lo diré quizá a Luisa, para que piense que he hecho bien, y así pensará mejor de mí, cuando le escriba despidiéndome de ella.

Pero se arrepiente, y mueve la cabeza con un esfuerzo sublime:

—No; no se lo diré ni a ella. Ya sé yo que es ella; pero ¡son tan charlatanas las mujeres!

El otro lo mira y repite:

—¡Dios de Dios!

Sin ser notado por los dos hombres, he abandonado el drama que se desarrolla en la estrechura de ese lamentable rincón, continuamente agitado por el tránsito y el ruido.

Cuando comienzo a abrime paso para salir del sótano, se produce allí un gran ruido de caída y un concierto de exclamaciones.

Es el sargento enfermero que ha caído. Por la brecha que estaba limpiando de residuos blancos y sangrientos, le ha llevado la bala la garganta. Se ha caído al suelo con toda su longitud. Mueve sus grandes ojos asustados y echa espuma por la boca.

Esta y la barbilla se llenan de burbujitas rosá-

ceas. Le colocan la cabeza sobre una carpeta de curación. Esta carpeta se empapa pronto en sangre. Un enfermero grita que eso va a estropear los paquetes de vendas, que tan necesarios son. Se busca algo dónde colocar esa cabeza que produce sin cesar una espuma ligera y rojiza. Se encuentra un pan, que alguien desliza bajo los esponjosos cabellos.

Mientras cogen la mano del sargento y le interrogan, él no hace más que babear nuevas burbujas que se amontonan, y se ve su gran cabeza negra de barba, a través de la rosácea nube. Tendido, parece un monstruo marino resoplando. Y el transparente musgo rosa se reúne y cubre hasta sus grandes ojos turbios y desnudos de gafas.

Un estertor. Tiene estertores infantiles, y muere moviendo la cabeza, como si intentara decir que no suavemente.

Miro esa masa inmóvil y pienso en que ese hombre era bueno. Tenía un corazón puro y sencillito. Y me reprocho de haberlo maltratado algunas veces, a propósito de la ingenua estrechez de sus ideas y de cierta indiscreción eclesiástica que ponía en todo. ¡Y qué feliz me siento en medio de esa catástrofe! Sí, feliz hasta estremecerme de alegría, por haberme reprimido, un día que él leía de soslayo una carta que yo estaba escribiendo, de dirigirle palabras irritadas que le habrían injustamente ofendido. Recuerdo la vez que tanto me desesperé con su explicación acerca de la Virgen Santísima y Francia. Me parecía imposible que emitiera aquellas ideas sinceramente. ¿Por qué no había de ser sincero? ¿No le han matado realmente hoy?

En este momento ha entrado la tormenta. Hemos sido violentamente lanzados unos contra otros por la violenta sacudida del suelo y de las paredes. Algo como si la tierra que nos cubría se hubiera derrumbado y hubiera caído sobre nosotros. Un lienzo del armazón de vigas se derrumbó, ensanchando el agujero que abría el subterráneo. Otro choque, y otro trozo de armazón pulverizado se hundiéndose rugiendo. El cadáver del voluminoso sargento sanitario rodó como el tronco de un árbol contra la pared. Todo el maderaje longitudinal del sótano, todas aquellas vértebras crujieron, dejándonos sordos, y todos los prisioneros de aquel calabozo dejaron oír al mismo tiempo una exclamación de asombro.

Otras explosiones resuenan, una tras otra, y nos ahuyentan en todos los sentidos. El bombardeo despedaza y devora el asilo de socorro; lo atraviesa y lo decapita. Mientras la silbante caída de obuses martillea y aplasta a fuerza de explosiones la abierta extremidad del puesto, la luz del día irrumpe por las desgarraduras. Se ven aparecer con gran precisión, y más sobrenaturales, las caras impregnadas de una palidez mortal; los ojos que se apagan en la agonía o se encienden en la fiebre; los cuerpos envueltos en tela blanca, remendados; los monstruosos vendajes. Todo lo que estaba escondido se muestra a la luz del día. Vagorosos, parpadeantes, torcidos, frente a la inundación de metralla y de carbón que acompaña a los huracanes de luz, los heridos se levantan, se disgregan, buscan la

huída. La desconcertada población se arroja en compactos montones a través de la galería subterránea, como la oscilante sentina de un vapor que se parte.

El aviador levanta la cabeza cuanto puede bajo la bóveda; agita los brazos, llama a Dios y le pregunta cómo se llama, cuál es su verdadero nombre. Veo cómo se arroja sobre los demás, volcado por el viento, el que, desabrochado y con las rodillas abiertas como una tremenda llaga, muestra su corazón como un Cristo. El capote del que grita monótonamente: «¡Cuándo acabarás de quejarte!» se levanta completamente verde, de un verde vivo, a causa del ácido pírico desprendido, sin duda, por la explosión que ha quebrantado su cerebro. Otros — los demás —, impotentes, tullidos, se mueven, se arrastran, trepan, se deslizan por los rincones, tomando posturas de topos, de pobres bestezuelas vulnerables perseguidas por la espantosa jauría de los obuses.

El bombardeo disminuye, se detiene, en una nube de humo aún llena de resonancia, en un grisú palpitante y ardiente. Salgo por la brecha; llego, envuelto y encadenado aún al desesperado rumor, bajo el cielo libre, a la tierra blanda, donde se ahogan los maderos, entre los cuales tropiezan las piernas.

Me agarro a los escombros; ya está ahí el talud del foso. En el momento en que me meto en las zanja, las veo, a lo lejos, siempre inquietas y sombrías, siempre ocupadas por la muchedumbre que, afluyendo de las trincheras, se dirige infinita hacia los puestos de socorro. Durante muchos días y muchas noches se verán afluir y confluír hacia ellos los largos arroyos de hombres arrancados de los campos de batalla, de la llanura, que también tiene entrañas y que se pudre y sangra, en la lejanía, hasta el infinito.

Henri BARBUSSE

(Fragmento de «El fuego».)

SANCHIS BANÚS

Excelente luchador, consecuente camarada, gloria de la ciencia e infatigable trabajador, rindió el tributo a la muerte cuando de él se esperaban días de gloria para la profesión y para las ideas.

Sanchis Banús trabajó silenciosamente. Enemigo del aplauso popular, hizo del análisis de la vida una religión; prestó su ayuda cuando fué solicitada.

La clase trabajadora, entre cuyas filas militó, rindió el homenaje a su memoria, y conservará el recuerdo del gran científico y del excelente socialista.

Nosotros estimamos un deber también dedicarle unas líneas que sean la expresión sincera de nuestro pésame.

El Sindicato de Artes Blancas y el Consorcio de la Panadería

Ya advertimos, al crearse el Consorcio de la Panadería, que medida de tal importancia podía colocar a la industria de la panadería en un plan de honda transformación conducente a acabar con el eterno problema del pan en Madrid, y que había de mixtificarse de forma tal, que no había de aprovecharse por los industriales para otra cosa que para satisfacer desmedidos egoísmos y bajas pasiones.

A los hombres de la dictadura no les interesó otra cosa que dar la sensación de que se preocupaban del problema, y encontrado el medio de no elevar el precio del pan candeal, entregaron, a cambio, a los fabricantes toda clase de prerrogativas, sin importarles un bledo asentar el sistema sobre base sólida e incommovible.

Como no podía por menos, dado el nivel moral e intelectual de nuestros patronos, fué el Consorcio el instrumento usado para hacer negocios a base de inmorales manejos y de procaces atropellos. Tal maña se dieron, que a los pocos meses de su funcionamiento se habían concitado sobre el organismo y sus hombres toda la aversión de cuantos con su esfuerzo dan vida a la industria, pues ni uno solo dejó de ser atropellado.

Al cambiarse el régimen político, los organismos oficiales se encontraron con que a pesar de los seis años de ilimitados poderes, el problema seguía atendido de manera transitoria, sin haberse ni aun iniciado nada que permitiera resolver el problema de manera definitiva.

Pudo entonces creerse, teniendo en cuenta los aires renovadores de los gobernantes de la República y que en organismos oficiales tenían intervención hombres que conocen a fondo el problema, que éste entraría rápidamente en una nueva fase, y así parecía indicarlo el hecho de que el Ayuntamiento de Madrid aprobara una moción bien orientada a este fin.

No tuvo éxito la propuesta municipal. En estos momentos de intensa revolución no podían concederse al Ayuntamiento de Madrid las funciones y prerrogativas que a los fabricantes de pan concedió la dictadura, ni aun cuando, como en este caso, el Ayuntamiento ofreciera una clara orientación transformadora.

Hombres sencillos, pudimos creer, después de haber hablado con el actual subsecretario de Agricultura y de habernos demostrado este señor que había estudiado y conocía el problema, que la negativa a conceder al Ayuntamiento de Madrid lo que pedía respondía al deseo de llevar a la práctica proyecto de mayor envergadura, que abarcará una extensión más amplia; y no hemos de negar que el plan nos subyugaba; pero va pasando excesivamente el tiempo y el plan no aparece por parte alguna.

No queremos creer que esta orientación haya sido ahogada por el hecho de que el Consorcio se haya permitido el lujo de crear el cargo de flamante asesor jurídico, totalmente innecesario, y que este cargo haya sido vinculado en el Sr. Guerra del Río por intermedio de su pasante, señor

Sorogoyen; pero es el hecho que, coincidiendo con esto, parece ser que se ha paralizado la actividad a este respecto.

No debe el Consorcio continuar sino el tiempo preciso para servir de tránsito al organismo que acometa con decisión una transformación de la industria, que permita que la elaboración de artículos como el pan se haga en locales higiénicos y dentro de un ambiente de limpieza que sustituya al antihigiénico y sucio en que hoy se desenvuelve. Que la explotación se haga de una manera racional y con medios que ahorrando esfuerzos en la ruda tarea a los trabajadores les garantice, en lo posible, contra los accidentes del trabajo, tan frecuentes y tan fáciles de evitar en toda industria medianamente instalada. Que en el terreno económico permita desenvolverse el negocio de forma que con los medios de la propia industria sea posible establecer para el pan el mismo precio de la harina.

No hay que esperar que el Consorcio haga hoy la transformación que no quiso hacer en los seis años en que tuvo ilimitado poder y medios, y que no lo hizo porque los industriales no son partidarios de llegar a ella, por lo que no hicieron sino dificultarla.

El Consorcio, cuyo Consejo de administración está constituido de forma que sólo puede realizarse lo que los fabricantes de pan quieren; que éstos no atienden a otro interés que al suyo particular, haciendo menosprecio de todo otro, no puede seguir funcionando con las mismas prerrogativas que le concedió la dictadura.

El Sindicato de las Artes Blancas está dispuesto a prestar su cooperación a este fin; pero a lo que no lo está es a permanecer pacientemente trabajando en las actuales condiciones, con enormes dificultades para alcanzar condiciones humanas de trabajo, sin que se nos pueda argüir frente a nuestros legítimos deseos la desastrosa organización de la industria.

Concede la legislación actual beneficios a los trabajadores que la industria dice no poder atender, y la resolución de estos problemas sufre constantes aplazamientos que no pueden hacer perder a los trabajadores la confianza en el interés que los organismos oficiales han de tener en que sus justas demandas se encaucen por caminos que, en lo posible, ahорren esfuerzos y perturbaciones en las luchas sociales.

El Sindicato de las Artes Blancas espera que el señor ministro de Agricultura se tome interés en la próxima resolución de este asunto, en la seguridad de que con ello, a más de resolver asunto de tanto interés para el vecindario, evitaría que el problema se le plantee de forma aguda, pues es posible que el Consorcio no pueda ni aun cumplir los fines que hasta hoy cumplió, y no será prudente entonces pretender que la solución se busque a costa de los intereses de la clase trabajadora, que en este como en tantos casos sabe orientar y afrontar los problemas con serenidad y conocimiento de causa.

Extracto de las cuentas correspondientes al segundo trimestre de 1932

INGRESOS	ABRIL	MAYO	JUNIO	TOTALES
	Pesetas	Pesetas	Pesetas	Pesetas
Existencia en Caja en 31 de marzo de 1932.....	»	»	»	35.225,92
Recaudado por los cupones de Candeal, el 65 por 100.....	3.484	3.271,15	3.755,35	10.510,50
Idem íd. de Viena, el 60 por 100.....	1.353	1.344	1.440	4.137
Idem íd. de Francés, el 55 por 100.....	594	660	591,25	1.845,25
Idem íd. de Confiteros, el 55 por 100.....	684,75	690,25	682	2.057
Idem íd. de Gluten, el 50 por 100.....	190	237,50	185	612,50
Idem íd. de Molineros, el 50 por 100.....	385	501,25	225	1.111,25
Idem íd. de Churreros, el 50 por 100.....	140	155	275	570
Idem íd. de Dependientes de Confiterías, el 50 por 100.....	195	200	362,50	757,50
Idem íd. de Galleteros (de 1,25), el 50 por 100.....	100	103,75	125	328,75
Idem íd. de Galleteros (de 0,50), el 50 por 100.....	47,50	50	70	167,50
Recaudado en el trimestre por carnets.....	36	17	14,50	67,50
Idem por el 20 por 100 de cupones atrasados.....	23	23	27	73
SUMAS.....	7.232,25	7.252,90	7.752,60	57.463,67
GASTOS				
	Pesetas	Pesetas	Pesetas	Pesetas
Por suscripciones y asignaciones.....	280	330	200	810
Por jornales y asignación al señor letrado.....	1.985	1.898	1.898	5.781
Por gastos en Comisiones, jornales, franqueo de correspondencia y propaganda de pueblos.....	1.023,45	370,95	356,75	1.751,15
Por impresos, objetos de escritorio y otros.....	366,25	1.078,05	113,50	1.557,80
Socorro de transeúnte.....	»	»	10	10
A la Casa del Pueblo, por alquiler de Secretarías.....	646,80	646,80	646,80	1.940,40
Abono de los teléfonos y conferencias.....	66,70	69,50	69,80	206
A la Federación nacional, por cuotas.....	»	»	4.500	4.500
Por entierros.....	586	600,50	587	1.753,50
SUMAS.....	4.954,20	4.993,80	8.361,85	18.309,85

RESUMEN

DEMOSTRACION DEL CAPITAL

	Pesetas.		Pesetas.
Suman los ingresos.....	57.463,67	En copropiedad de la Casa del Pueblo.	16.456
Idem los gastos.....	18.309,85	En la Cooperativa Socialista, cuenta corriente	17.288,55
		Metálico en Caja.....	5.409,27
<i>Saldo que pasa a 1 de julio.....</i>	<i>39.153,82</i>	TOTAL.....	39.153,82

Movimiento de cupones y carnets en el segundo trimestre de 1932

SECCIONES	Puestos al cobro	Pendientes de meses anteriores	TOTALES	Retirados por todos conceptos	Cobrados	Pendientes para el tercer trimestre de 1932
Candeal	7.842	3.572	11.414	432	6.468	4.514
Viena	2.838	756	3.594	131	2.758	705
Francés	1.467	411	1.878	157	1.342	379
Confiteros	1.686	402	2.088	101	1.496	491
Molineros	773	919	1.692	16	889	787
Gluten	499	165	664	27	490	147
Churreros	429	284	713	54	456	203
Dependientes de Confiterías.....	732	462	1.194	17	606	571
Galleteros (A).....	655	399	1.054	»	526	528
Idem (B).....	929	481	1.410	3	670	737
SUMAS.....	17.850	7.851	25.701	938	15.701	9.062

Carnets cobrados en el trimestre, 135.

Madrid, 30 de junio de 1932. Tomé razón: El contador, **Cándido Pedrosa**.—Recibí: El tesorero, **Pascual Martínez**.—V.º B.º: El presidente, **Juan Caldeiro**.

DICTAMEN. Los que suscriben, nombrados por las Secciones del Sindicato para hacer la revisión de las cuentas del mismo, correspondientes al segundo trimestre del corriente año, las hemos examinado, y encontrándolas conformes con sus comprobantes las firmamos en Madrid, a 12 de julio de 1932.—*Lope Burgos, Ventura Valdemoro, Manuel Martínez y Aurelio Molina.*

Movimiento de cupones y carnets en el segundo trimestre de 1932

SECCIONES	Puestos al cobro	Pendientes de meses anteriores	TOTALES	Retirados por todos conceptos	Cobrados	Pendientes para el tercer trimestre	TOTALES - Pesetas
Móstoles	133	»	133	6	124	3	74,40
Pinto	252	»	252	4	248	»	148,80
Colmenar Viejo	84	»	84	»	77	7	46,20
Arganda	67	»	67	1	66	»	39,60
Alcobendas	9	»	9	»	9	»	5,40
Morata de Tajuña.....	58	»	58	4	54	»	32,40
Aranjuez, una peseta (abril).....	143	»	143	»	143	»	57,20
Aranjuez, 0,50 pesetas (abril).....	34	»	34	»	34	»	6,80
Aranjuez, 1,50 ídem (mayo y junio)	287	»	287	»	287	»	172,20
Aranjuez, 0,50 ídem (mayo y junio)	70	»	70	»	70	»	21
El Escorial	117	»	117	»	117	»	70,20
Alcalá de Henares.....	254	»	254	1	253	»	151,80
TOTALES.....	1.508	»	1.508	16	1.482	10	826

Carnets cobrados en el trimestre, 240.

Jurado mixto de Fabricación de Chocolates, Galletas, Bombones y Caramelos de Madrid

SECCION DE FABRICACION DE GALLETAS

Bases de trabajo adoptadas por unanimidad en la sesión plenaria de la Sección de 8 de abril de 1932, y aprobadas por el ministerio de Trabajo y Previsión en 20 de mayo de dicho año.

BASE I

La jornada máxima legal será de cuarenta y ocho horas semanales para todos los obreros, sea cualquiera su empleo, las cuales estarán distribuidas en la siguiente forma: de ocho a doce de la mañana y de dos a seis y media de la tarde, todos los días de la semana, excepción hecha del sábado, que la jornada se efectuará de ocho a una y media, con el objeto de no trabajar por la tarde.

No obstante lo fijado en el párrafo anterior, cuando exista una razón que lo justifique y previo acuerdo entre patronos y obreros, se podrá variar el horario fijado, así como suprimir la semana inglesa cuando existan veladas continuadas a causa de trabajos apremiantes y urgentes de temporada. Igualmente se establecerán excepciones para el personal de reparto, tiendas, etc., que dependan de otras circunstancias.

A pesar de lo expuesto, cuando en una fábrica deseen los patronos y la mayoría de los obreros dejar de trabajar algún día, podrán hacerlo y compensar el tiempo dejado de trabajar en otros días laborables.

BASE II

Se considerarán como pertenecientes al Jurado mixto, Sección de Galletas, a todos los patronos

y Sociedades que existan en la actualidad o que se establezcan en lo sucesivo dentro de su demarcación territorial y a todos los obreros que trabajen en la industria, o bien se encuentren sin colocación, pero hayan pertenecido al oficio y trabajado en alguna fábrica de la misma jurisdicción en los dos últimos años. Cuando se trate de aprendices de menos de dieciocho años, no se les considerará del oficio si no llevan dos años consecutivos en él y están trabajando en la actualidad.

BASE III

Se procederá inmediatamente a formar el Censo. A este fin los patronos enviarán a este Jurado, en el término de quince días, relación nominal de todos sus operarios, y las Asociaciones obreras remitirán también el mismo detalle nominal de los obreros galleteros sin colocación, indicando la última fábrica en que hubieren trabajado. También se inscribirán los obreros que personalmente lo soliciten, indicando asimismo la fábrica en que trabajen o hubieren trabajado.

BASE IV

Las horas que excedan de las fijadas durante cada día se considerarán extraordinarias, y se pagarán con el 30 por 100 las dos primeras y con el 50 por 100 las restantes. Para el personal femenino serán abonadas todas ellas con el 50 por 100.

BASE V

La clasificación de los obreros de la industria y sus jornales mínimos, en cada categoría, será la siguiente:

Obreros.

	Pesetas.
Aprendiz de entrada.....	2
Idem con más de seis meses.....	2,25
Idem con más de un año.....	2,50
Idem adelantado con más de dos años en el oficio.....	2,75
Idem íd. con más de tres.....	3,50
Idem íd. con más de cuatro.....	4,25
Idem íd. con más de cinco.....	5
Ayudante de segunda.....	6,50
Idem de primera.....	8,50
Oficial de segunda.....	9,50
Idem de primera.....	10,50

Los obreros del departamento de expediciones se considerarán parte como oficiales, atendiendo a su antigüedad y conocimientos, y parte como ayudantes, salvo los chicos, que se considerarán como aprendices, en la forma similar a los del taller de fabricación.

Los peones del oficio, como ayudantes de primera.

Los chicos de recados, como aprendices galleteros.

Los maestros de taller y encargados de sección quedan en libertad de contratarse directamente con sus patronos.

Obreras.

	Pesetas.
Aprendiza de entrada.....	2
Idem con más de seis meses.....	2,25
Idem adelantada con más de un año en el oficio.....	2,50
Idem íd. con más de dos.....	3
Ayudanta de segunda.....	3,50
Idem de primera.....	4
Oficiala	4,50

Las obreras que trabajen a destajo tendrán un mínimo de percepción equivalente al jornal de la categoría inferior a aquella en que estén clasificadas, computable por semanas.

BASE VI

El número de oficiales que cada fábrica debe tener es el siguiente:

Categoría A.

Producción mayor de 1.000 kilos diarios:

Por cada horno mecánico que trabaje normalmente y esté dedicado a la cocción de galletas, un oficial.

Por cada horno de cadenas o giratorio dedicado a bizcochos, tres oficiales.

Por todas las estampadoras, un oficial.

Por cada breche para las mismas, un oficial.

Por cada amasador y su laminador, haciendo más de 1.000 kilos diarios, un oficial.

Por cada draga, un oficial.

No se tendrán en cuenta para esta clasificación los elementos de fabricación que, en general, no trabajan continuamente.

Categoría B.

Producción mayor de 400 kilos diarios, sin llegar a 1.000:

Por cada horno de pala que fabrique ordinariamente más de 400 kilos y menos de 1.000, dos oficiales.

Por las estampadoras, un oficial.

Categoría C.

Producción menor de 400 kilos diarios:

Por cada horno de pala, dos oficiales.

Este número quedará reducido en aquellas fábricas que tengan sólo tres obreros o menos, que no sean aprendices.

Las fábricas cuya producción media no exceda de 10 kilos diarios, debidamente comprobado por el Jurado mixto, no tendrán obligación de tener obreros de la categoría de oficial de primera.

BASE VII**Clasificación de obreros.**

Sumados todos los oficiales de cada fábrica, se distribuirán en ella una mitad de oficiales de primera y otra mitad de oficiales de segunda.

Cuando su número no sea divisible por dos, el sobrante será de categoría primera. Hecha esta clasificación de oficiales, como la de aprendices ya lo está al detallar sus años en el oficio, los restantes obreros se distribuirán por mitad entre ayudantes de primera y de segunda; clasificándose en la de primera el que resultare número impar.

Esta obligación de cada patrono de tener el número de obreros que se especifica en cada categoría, según los elementos de fabricación que tenga en funciones, no quiere decir que hayan de trabajar precisamente en los puestos indicados; pudiendo distribuir los oficiales y demás obreros en los diferentes trabajos a efectuar según las necesidades, costumbres del taller y aptitudes de los operarios de que disponga.

Clasificación de obreras

Exceptuadas las aprendizas, que ya hemos dejado clasificadas según sus años en el oficio, las restantes se dividirán en las fábricas de la categoría A entre tres, para distribuir una tercera parte en oficialas, otra de ayudantas de primera y la última de ayudantas de segunda, reservándose a la categoría de ayudantas de primera el sobrante, de no resultar su número divisible por tres.

Para la categoría de los fabricantes B y C se suprime la categoría de oficiala de primera, y, por tanto, todas las que no sean aprendizas se clasificarán por mitad entre ayudantas de primera y segunda, procediéndose en la misma forma que se indica anteriormente con la que resultare número impar.

BASE VIII

El número de oficialas y ayudantas que haya en cada fábrica o taller al comenzar a regir estas bases de trabajo se mantendrá en su totalidad,

así como también los jornales que sobrepasen a los fijados en las mismas, los que se seguirán disfrutando en tanto continúe el personal empleado en la misma fábrica.

Para determinar la equivalencia en jornal por día del que disfruten los obreros que actualmente cobran un jornal semanal, se dividirá éste por seis, y se procederá o no a aumentarlo, según sea mayor o menor de los límites ahora fijados.

En cuanto a las gratificaciones obligatorias o voluntarias que hubiere establecidas al comenzar a regir estas bases, seguirán con el mismo carácter que estuvieren, independiente de los aumentos del jornal que ahora se establecen.

BASE IX

Se respetará rigurosamente el derecho al ascenso, teniendo en cuenta la antigüedad primero, y después los conocimientos en el puesto a que se va a ascender.

Si al quedar vacante un puesto en la fábrica no hubiera personal apto para él, será provisto por el patrono libremente.

BASE X

El personal anexo de las fábricas de galletas que frecuentemente realiza trabajos de diversa índole disfrutará en cada caso el jornal correspondiente al puesto que desempeña.

Los obreros cuyos oficios no estén comprendidos en la competencia de este Jurado mixto se atenderán a lo establecido en estas bases en todo lo que implique la necesaria coordinación y unidad de la jornada de trabajo.

BASE XI

Si por tener que aminorar la producción se viera el patrono en la necesidad de reducir el personal, lo hará conservando la proporcionalidad establecida de oficiales y de ayudantes, a no ser que prefiriese tener mayor número de oficiales de lo que le corresponde según la base VI, pudiendo prescindir de los operarios que sean menos útiles, y en caso de igualdad de condiciones, prescindirá del más moderno de su categoría.

BASE XII

Todos los obreros de la industria que lleven un año en la misma casa tendrán derecho a un permiso anual de dos semanas, de las cuales sólo serán retribuidos ocho días. El patrono elegirá la época o épocas más favorables, atendiendo a las necesidades de su industria y a los deseos de los interesados.

BASE XIII

Por lo que a los despidos respecta, se tendrán en cuenta las normas acostumbradas. Esto quiere decir: que durante la primera semana de ingresar un obrero, a la terminación de la jornada puede despedirse o ser despedido, sin responsabilidad por ambas partes contratantes.

Pasado este plazo, el contrato se entiende por plazo indefinido.

Si el patrono admitiese algunos obreros por tiempo determinado, cuando llegue el plazo estipulado y fueran despedidos, lo serán sin derecho a indemnización.

BASE XIV

Los obreros que dejen el trabajo por marcharse a cumplir deberes militares tendrán derecho a ocupar su puesto, siempre que den aviso de su licenciamiento dentro de los dos primeros meses de haberse verificado éste.

Igual derecho tendrán a ocupar su puesto cuando hayan tenido que abandonarlo por enfermedades largas y se encuentren en condiciones de volver a desempeñar su puesto.

BASE XV

Será obligatorio tener en cada fábrica un botiquín para los casos de urgencia que puedan ocurrir. También habrá en cada fábrica o taller una habitación en condiciones para la ropa del personal con las necesarias garantías de salubridad e higiene.

BASE XVI

Los obreros que caigan enfermos y dejen de trabajar por tiempo que exceda de tres días tendrán derecho una vez al año a un socorro de medio jornal durante la enfermedad, hasta un máximo de cuatro semanas.

BASE XVII

En la hora de entrada habrá una tolerancia de diez minutos.

El obrero que llegue tarde esperará, para comenzar a trabajar, a que pase una hora de la fijada para la entrada; pero si fuere reincidente, desde la tercera vez perderá un cuarto de día.

BASE XVIII

Los obreros podrán faltar al trabajo y percibir el jornal cuando, avisando con la posible anticipación, hayan dejado de acudir por muerte o entierro de padre o abuelo, hijo o nieto, cónyuge o hermano, enfermedad grave de padres, hijos o cónyuges, o alumbramiento de esposa, siempre que la falta no exceda de una jornada de trabajo o del tiempo indispensable si se tratase del cumplimiento de un deber inexcusable de carácter público impuesto por la ley o disposición administrativa.

Todo de acuerdo con el artículo 80 de la ley relativa al contrato de trabajo vigente.

BASE XIX

No se permitirá que en ningún caso el personal femenino desempeñe faenas que correspondan al masculino.

Durante el trabajo se evitarán las conversaciones ajenas al oficio, y no se deberá fumar en los talleres de fabricación.

(Continúa en la página 18).

Extracto de las cuentas de las diferentes Secciones del Sindicato, correspondientes al segundo trimestre de 1932

SECCION GALLETEROS					SECCION GLUTEN				
CONCEPTOS	Abril Pesetas	Mayo Pesetas	Junio Pesetas	TOTALES Pesetas	CONCEPTOS	Abril Pesetas	Mayo Pesetas	Junio Pesetas	TOTALES Pesetas
INGRESOS					INGRESOS				
Existencia en Caja en 31 de marzo de 1932....	147,50	153,75	195	2.544,55	Existencia en Caja en 31 de marzo de 1932....	190	237,50	185	455,35
Recaudado del 50 por 100 de los cupones.....	»	»	28,80	496,25	Recaudado del 50 por 100 de los cupones.....	»	»	»	612,50
Idem por otros conceptos.....	»	»	»	28,80	Idem por otros conceptos.....	»	»	»	»
SUMAS.....	147,50	153,75	223,80	625,05	SUMAS.....	190	237,50	185	1.067,85
GASTOS					GASTOS				
Por asignación al secretario de relevo.....	»	»	»	»	Por asignación al secretario de relevo.....	120	124	120	364
Por material de Secretaría y salones.....	12,75	211	59	270	Por material de Secretaría y salones.....	»	»	»	»
Por impresos, reparto de citas y convocatorias.....	15	4,40	3,60	20,75	Por impresos, reparto de citas y convocatorias.....	»	»	»	»
Por subvenciones, Comisiones y otros.....	27,75	29,70	46,10	90,80	Por subvenciones, Comisiones y otros.....	»	60	15	65
SUMAS.....	27,75	245,10	108,70	381,55	SUMAS.....	120	174	135	429
RESUMEN					RESUMEN				
Pesetas.					Pesetas.				
Suman los ingresos..... 3.069,60					Suman los ingresos..... 1.067,85				
Idem los gastos..... 381,55					Idem los gastos..... 429				
Saldo para 1 de julio de 1932.... 2.688,05					Saldo para 1 de julio de 1932.... 638,85				

El presidente, **Angel Carrasco**. — El tesorerocontador, **Vicente Parrilla**.

El presidente, **Juan Caldeiro**. — El tesorerocontador, **Santiago González**.

SECCION MOLINEROS					SECCION CHURREROS				
CONCEPTOS	Enero Pesetas	Febrero Pesetas	Marzo Pesetas	TOTALES Pesetas	CONCEPTOS	Abril Pesetas	Mayo Pesetas	Junio Pesetas	TOTALES Pesetas
INGRESOS					INGRESOS				
Existencia en Caja en 31 de diciembre de 1931.....	»	»	»	3.610,80	Existencia en Caja en 31 de marzo de 1932....	»	»	»	4.312,30
Recaudado por el 50 por 100 de los cupones.....	235	245	280	760	Recaudado por el 50 por 100 de los cupones.....	385	501,25	225	1.111,25
Idem por intereses del capital.....	»	46	»	46,80	Idem por otros conceptos.....	»	»	»	»
SUMAS.....	235	291	280	4.417,60	SUMAS.....	385	501,25	225	5.423,55
GASTOS					GASTOS				
Por asignación a la Sección de Socor- ros.....	»	»	»	»	Por asignación a la Sección de Socor- ros.....	»	112,50	112,50	112,50
Por material de Secretaría y salones.....	30	»	32,80	62,80	Por material de Secretaría y salones.....	29,50	112,75	2,70	144,95
Por impresos, reparto de citas y con- vocatorias.....	»	11,50	8,50	20	Por impresos, reparto de citas y con- vocatorias.....	»	240,40	»	240,50
Por subvenciones, Comisiones y otros.....	»	»	22,50	22,50	Por subvenciones, Comisiones y otros.....	14,60	»	40,20	54,80
SUMAS.....	30	11,50	63,80	105,30	SUMAS.....	44,10	353,25	155,40	552,75
RESUMEN					RESUMEN				
Pesetas.					Pesetas.				
Suman los ingresos..... 4.417,60					Suman los ingresos..... 5.423,55				
Idem los gastos..... 105,30					Idem los gastos..... 552,75				
Saldo para 1 de abril de 1932.... 4.312,30					Capital que pasa a la Sección de Socor- ros en 31 de mayo de 1932. 2.400,60				
					Saldo para 1 de julio de 1932.... 2.470,20				

El presidente, **Pascual Martínez**. — El tesorerocontador, **Antonio Miguel**.

SECCION FRANCES Y CUBANO					SECCION CHURREROS				
CONCEPTOS	Abril Pesetas	Mayo Pesetas	Junio Pesetas	TOTALES Pesetas	CONCEPTOS	Abril Pesetas	Mayo Pesetas	Junio Pesetas	TOTALES Pesetas
INGRESOS					INGRESOS				
Existencia en Caja en 31 de marzo de 1932....	486	»	»	2.872,65	Existencia en Caja en 31 de marzo de 1932....	»	»	»	1.307,48
Recaudado del 45 por 100 de los cupones.....	»	540	483,75	1.509,75	Recaudado del 50 por 100 de los cupones.....	140	155	275	»
Idem por otros conceptos.....	»	»	632,50	632,50	Idem por otros conceptos.....	»	5	25,50	»
SUMAS.....	486	540	1.116,25	5.014,90	SUMAS.....	140	160	300,50	600,50
GASTOS					GASTOS				
Por asignación al secretario del relevo.....	450	465	450	1.365	Por asignación al secretario del relevo.....	»	»	»	»
Por material de Secretaría y salones.....	46,55	22,50	22,50	91,55	Por material de Secretaría y salones.....	»	»	»	»
Por impresos, reparto de citas y convocatorias.....	35,75	25	55,95	116,70	Por impresos, reparto de citas y convocatorias.....	232,40	18	9,50	»
Por subvenciones, Comisiones y otros.....	80	90	114,85	284,85	Por subvenciones, Comisiones y otros.....	53,30	9,25	2,70	»
SUMAS.....	612,30	602,50	643,30	1.858,10	SUMAS.....	285,70	27,25	12,20	325,15
RESUMEN					RESUMEN				
Pesetas.					Pesetas.				
Suman los ingresos..... 5.014,90					Suman los ingresos..... 600,50				
Idem los gastos..... 1.858,10					Idem los gastos..... 325,15				
Saldo para 1 de julio de 1932.... 3.156,80					Saldo para 1 de julio de 1932.... 1.582,80				

El presidente, **Rufino Cortés**. — El tesorerocontador, **Evaristo Gil**.

El presidente, **Pedro Marit**. — El tesorerocontador, **Jacinto Prieto**.

BASE XX

Será obligatorio el cumplimiento de estas bases para todos los patronos y obreros de la industria de Madrid y su provincia; no pudiendo alegar desconocimiento o ignorancia de las mismas.

Serán nulas todas las cláusulas establecidas en cualquier contrato de trabajo individual o colectivo que se opongan a lo establecido en estas bases.

BASE XXI

Será fijado este contrato en cada taller o fábrica de la industria en sitio bien visible y resguardado de posible deterioro.

BASE XXII

No podrá ser despedido ningún obrero sin causa justificada. Si el patrono despidiese a algún obrero y no pudiera demostrar los motivos justificados de su determinación, abonará al obrero una semana de indemnización, si lleva menos de un año en la casa, y un mes, si lleva más.

El obrero que quiera dejar de trabajar en un taller avisará a su patrono con una semana de anticipación.

BASE XXIII

La duración de estas bases de trabajo será de dos años, a partir de los términos fijados en el artículo 29 de la ley de Jurados mixtos de 27 de noviembre de 1931; considerándose tácitamente prorrogados por igual plazo si dieciocho días antes de finalizar aquéllos no manifestase alguna de las partes contratantes su intención de rescindirlos.

Madrid, 8 de abril de 1932. — El secretario, **Ginés M. de Galinsoga**. — El presidente, **Luis Bravo Villasante**.

Nota. — A los efectos del artículo 29 de la ley de Jurados mixtos de 27 de noviembre de 1931, fué publicada la aprobación de estas bases por la Sección en el «Boletín Oficial de la Provincia» del día 12 de abril del corriente año. — **El secretario.**

SECCION DE FABRICACION DE CHOCOLATES

PREAMBULO

De la naturaleza y contenido de estas bases.

Las presentes bases no constituyen por sí solas contrato alguno que obligue a prestar u ofrecer trabajo, ni a los patronos prometer u otorgar trabajo ni salarios, pues aun reconociendo que es un deber social el que cada ciudadano coopere con sus actividades al provecho común, las partes adscritas a este Jurado mixto pueden decidir con absoluta libertad sobre la ocasión y forma en que hayan de concertar la prestación de los servicios o deberes de su respectiva incumbencia. Sin embargo, todos los obreros y patronos residentes en

esta capital de Madrid y en su provincia, una vez decidiesen otorgar contratos individuales de trabajo relacionados con la industria de fabricación de chocolates, están obligados a incorporar a los mismos las normas contenidas en estas bases, reconociéndolas como parte integrante del contrato y observándolas siempre como ley emanada de un organismo de derecho público investido de facultades para implantarlas y exigir su cumplimiento.

La contravención de lo dispuesto en estas bases, o la simple omisión de cualquiera de sus preceptos, ya sea por mera inadvertencia o por pacto en contrario, serán causas fundamentales de nulidad de las convenciones particulares, a menos que la modificación se estableciera para conceder a los obreros condiciones más favorables que las que aquí se reglamentan.

BASES DE TRABAJO

BASE I

La jornada máxima será de ocho horas diarias para todos los obreros de la industria, cualquiera que sea su empleo; siendo, por tanto, la semana de cuarenta y ocho horas.

El horario se adaptará a las necesidades de cada casa o industria, debiéndose elegir la jornada de común acuerdo entre patronos y obreros, siempre sujetándose a las horas que median entre las ocho de la mañana a las ocho y media de la tarde.

En aquellas casas en que, previa justificación de causas, se creyera conveniente alterar el horario al que facultan las horas establecidas, lo comunicarán al Jurado mixto, a los efectos consiguientes.

Dentro del horario que se establezca en cada casa habrá, como mínimo, dos horas de intermedio para la comida.

Podrán adoptar la semana inglesa las casas que lo crean conveniente; siendo recargadas las horas que se dejen de trabajar el sábado en la jornada del resto de los días de la semana.

En casos especiales, como son los que constituyen los preparadores de fuegos, y otros de necesidad, el patrono queda facultado para adelantar el comienzo del trabajo de los obreros que tengan dichos menesteres en un tiempo no superior a una hora sobre el horario general. Este adelanto se compensará con igual anticipo en la hora de salida, o pagándolo con arreglo a las condiciones acordadas para restituir las horas extraordinarias, si así le conviene al patrono.

Las horas extraordinarias se realizarán exclusivamente por iniciativa patronal, previo acuerdo escrito de conformidad entre ambas partes, patronal y obrera, y autorización del Jurado mixto; no pudiendo pasar de cincuenta en un mes y de ciento veinte al año, como máximo, en caso de falta de personal o caso de especial necesidad no controvertida que afecte a toda la industria o profesión de una localidad o zona determinada. Estas horas extraordinarias se abonarán: las primeras, con el 25 por 100, y las restantes, con el 40. Para el personal femenino serán abonadas todas ellas

con el 50 por 100, no pudiendo en ningún caso el personal femenino rebasar las diez horas diarias de trabajo.

Se podrán hacer horas extraordinarias siempre que las necesidades de la industria lo precisen y no haya obreros parados competentes para cubrir dichas necesidades. Estos obreros parados tendrán, por lo tanto, que estar inscritos en el Censo profesional que en su día funcione dentro de este Jurado mixto.

Se exceptúan de este acuerdo los patronos que, por insuficiencia de local o porque la maquinaria no permita más producción, no puedan tener más personal, así como en casos de urgencia no previstos en este párrafo.

No sobrepasando de una semana consecutiva las horas extraordinarias, éstas se podrán trabajar sin solicitarlo del Jurado mixto; en cualquier otro caso se precisa la autorización que anteriormente se señala.

BASE II

Las horas que excedan de las legales fijadas durante cada día se considerarán como extraordinarias; pero para considerarse como tales tienen que ser motivadas por necesidades del trabajo y no por causas de fuerza mayor ajenas a la voluntad del patrono, en cuyo caso serán abonadas como ordinarias. Las horas extraordinarias trabajadas por causa de fuerza mayor se pueden recuperar en la proporción que establece la ley en su titulado «Jornada máxima legal», artículo 8.º, o sea a razón de una hora por día, sin sobrepasar en su total las cincuenta horas de trabajo semanal. En las épocas llamadas de vacaciones u otras en que la industria tenga menos trabajo no podrá el patrono acumular las horas que queden sin trabajar para compensarlas con las extraordinarias en las épocas de mayor trabajo. Ahora bien; podrá el patrono realizar en dichas épocas las suspensiones que crea oportunas, de acuerdo con las necesidades del trabajo, sin que dichas suspensiones den derecho a sanción alguna. Será en estos casos necesario reducir las horas de jornada antes de llegar a suspender al personal, para de esta forma lograr una mayor armonía entre el personal de cada casa que juzgue necesario mantener en estas épocas el patrono.

Dentro de la propia casa, el patrono, sus hijos o familiares podrán, a voluntad del patrono, desempeñar los puestos que juzgue precisos, siempre con sujeción a lo que dispone la ley del Contrato de trabajo en su artículo 2.º, apartados A y B.

BASE III

El personal femenino dedicado al empaquetado de chocolates podrá desarrollar el trabajo a destajo, el cual no podrá ser abonado o pagado en menor cuantía de la siguiente: 0,65 pesetas el 100 de paquetes llamados libras, y una peseta los 200 paquetes de los llamados medias libras.

Este empaquetado se entiende terminado en su totalidad, y con un papel interior y cubierta. Cando el empaquetado se verifique con dos papeles interiores será abonado un recargo de 0,25

pesetas en las tarifas establecidas. En estos trabajos de destajo en modo alguno podrá cobrar el personal interesado cantidad inferior a la que le corresponda con arreglo a su categoría.

No obstante admitir el trabajo a destajo en el caso que queda señalado, aquellos patronos u obreros que no se muestren conformes con él deberán guiarse en un todo por las categorías establecidas para el personal femenino.

BASE IV

Las categorías y jornales mínimos para el personal de nuestra industria serán los siguientes:

Pesetas.

Personal femenino.

Aprendiza, primer año.....	1,75
Idem, segundo año.....	2,25
Idem, tercer año.....	2,75
Idem, cuarto año.....	3
Ayudanta, cinco años.....	3,50
Oficiala, seis años.....	4

Personal masculino.

Aprendiz, primer año.....	2
Idem, segundo año.....	2,75
Idem adelantado, tercer año.....	4
Ayudante de segunda, cuarto año.....	5,50
Ayudante de primera, quinto año.....	7
Oficial de segunda, sexto año.....	8
Idem de primera, séptimo año.....	9

BASE V

En cada fábrica, la plantilla de profesionales tendrá que estar sujeta a la siguiente proporción de categorías:

- 12 por 100 de aprendices de los dos primeros años.
- 12 por 100 de aprendices adelantados del tercer año.
- 19 por 100 de ayudantes de segunda del cuarto año.
- 28 por 100 de ayudantes de primera del quinto año.
- 14 por 100 de oficiales de segunda del sexto año.
- 15 por 100 de oficiales de primera del séptimo año.

Esta proporción de categorías se entenderá que no podrá ser variada sino para mejorarla, y para su implantación se seguirá el orden de mayor a menor, empezando, por tanto, por la categoría de oficial de primera, y siempre teniendo en cuenta las normas siguientes: cuando exceda el porcentaje de la 0,50 corresponderá a dicha categoría, y si no llega, se llevará el sobrante a la categoría inmediata inferior, y así sucesivamente se procederá a las demás categorías.

En el personal femenino el porcentaje será el siguiente: el 32 por 100 de ayudantas, el 18 por 100 de oficialas, quedando el 50 por 100 restante para las categorías inferiores.

BASE VI

La clasificación de los obreros en las distintas categorías, tanto masculinas como femeninas, se hará por el patrono asesorado por el oficial más antiguo de la casa. En las industrias de poca importancia, con cuatro operarios o menos, será el patrono únicamente el que clasificará el personal, con arreglo a su conocimiento y apreciación.

BASE VII

Cuando en alguna casa haya vacantes en las categorías superiores a las establecidas para el ascenso obligatorio será de preferencia para cubrir las el personal de la casa, siempre que haya alguno apto para el ascenso. Cuando no los haya capacitados, serán solicitados otros de igual categoría del censo obrero de este Jurado mixto, no teniendo obligación de hacerlo de ninguna Asociación determinada. No podrán ser cubiertas las vacantes que se produzcan con personal que se le abone jornal de categorías inferiores.

Para el ascenso a las respectivas categorías establecidas se seguirá la escala de años y jornales hasta llegar al ayudante de segunda en el personal masculino, y al cuarto año de profesión en el femenino, ambos inclusive, cobrando a razón de la escala que en cada caso se señale.

Para adquirir las categorías sucesivas, en uno y otro sexo, precisan demostración de su capacidad, no pudiendo entrar en posesión de la categoría inmediata superior hasta no haber vacantes que motiven el ascenso. Todo obrero que ingrese de nuevo en una casa viene obligado a justificar de una manera plena que los años transcurridos para pasar de una a otra categoría los ha practicado en el oficio sin interrupción de un año como máximo. Caso de rebasar de este tiempo, se le descontará, al objeto de llegar a su categoría con la práctica de años que para cada ascenso se señala.

BASE VIII

No tendrán derecho a indemnización obreros que se encuentren en período de pruebas, no pudiendo durar éstos más de una semana. Si el patrono admitiese algunos obreros por tiempo determinado, cuando llegue el plazo estipulado y fueren despedidos lo serán sin derecho a indemnización.

Todas las plazas auxiliares de la industria, cobradores, repartidores, dependientes del despacho, escritorio y preparadores de géneros, y todos los que no tengan oficio determinado y que sean dedicados a todo cuanto haga falta, serán clasificados de acuerdo con lo fijado en estas bases para los profesionales. Cuando pasen de la edad de veintitrés años, no podrán percibir jornal inferior a 7 pesetas.

Si algún obrero tuviese oficio determinado, cuando haga trabajos de este oficio podrá percibir el jornal que tenga establecido en su Jurado mixto, disfrutando, por tanto, de todos cuantos beneficios le otorguen sus bases, no rigiendo para ellos en este caso lo dispuesto en estas bases. Cuando a estos obreros se les ocupe en tra-

bajos diferentes de su oficio o profesión quedan en un todo afectos a los beneficios que se conceden en estas bases de trabajo, disfrutando en este caso el jornal que de mutuo acuerdo convengan patrono y obrero, no pudiendo ser en ningún caso inferior a 7 pesetas. Cuando el obrero esté clasificado en su oficio con la categoría de oficial, los de categorías inferiores se acoplarán a las categorías inferiores de las establecidas para los obreros de nuestra industria.

Se harán contratos individuales por triplicado con los obreros que se encuentren en estas condiciones, en los cuales se hará constar detalladamente cuanto se previene en el párrafo anterior y todo lo que sea preciso y necesario para la fiel interpretación de lo dispuesto.

BASE IX

El número de obreros que hay en cada casa al comenzar a regir estas bases se mantendrá en su totalidad, siendo acoplados a las categorías establecidas de acuerdo con lo fijado en la base quinta, y ajustándose en todo caso a lo determinado en el artículo 27 de la ley de Contrato de trabajo. Estas ventajas o beneficios sólo alcanzarán a los que actualmente las estén disfrutando. Igualmente serán respetados los jornales que sobrepasen a los fijados en estas bases de trabajo, los cuales seguirán disfrutándolos los interesados en tanto permanezcan en la misma casa, debiendo en su consecuencia computarse la valoración de todas las prestaciones que expresamente se enumeran en el citado artículo para la estimación del jornal abonable por el patrono de acuerdo con estas bases. Siempre que el patrono pueda justificar de una forma clara la disminución de trabajo o no necesitar cargos que se creen nuevos en virtud de los años que lleve algún obrero a su servicio, podrá libremente prescindir de él ateniéndose a lo fijado en estas bases de trabajo.

BASE X

Cuando haya que suspender obreros porque la producción aminore o por causa de fuerza mayor, se respetará la antigüedad, correspondiendo cesar a los más modernos, siempre que éstos no demuestren una mayor capacidad para el cargo que su inmediato más antiguo. Estos operarios suspendidos serán los preferidos en el caso de admitir personal de nuevo en la casa.

BASE XI

Todo obrero que lleve en una misma casa más de un año tiene derecho a un descanso anual retribuido de ocho días ininterrumpidos.

El disfrute de estos días se realizará en la época que el patrono crea más adecuada y vacando asimismo, a un mismo tiempo, el número de obreros que él juzgue necesarios para el normal desarrollo del trabajo. El personal que quede tendrá la obligación de desempeñar el trabajo de los obreros que vagen.

Si se comprobase que el tiempo que cada obre-

ro disfruta de perm'so lo dedícase a trabajos de su oficio u otros, perderá todo derecho de retribución.

BASE XII

No se reconocerán más fiestas que los dominicos, 1 de mayo y 25 de diciembre. En las fiestas nacionales queda facultado el patrono para trabajar, y únicamente estará exento de esta facultad cuando, puesto de acuerdo con los obreros, la mitad más uno así lo convengan.

En las establecidas por la costumbre será preciso para vacar que el 70 por 100 de obreros lo convengan con el patrono.

BASE XIII

Despidos.

Por lo que respecta a despidos, se seguirán las normas siguientes: Durante la primera semana de trabajo, se entiende que al surgir un despido no puede haber responsabilidad para ninguna de las partes, y una vez que pase la primera semana, la duración del contrato se extenderá por semanas hasta llegar al quinto año de permanencia en la misma casa. Transcurridos los cinco años de permanencia en la misma casa, los contratos se entenderán hechos por dos semanas, siendo éstas las cantidades que percibirá el obrero como indemnización por despido, con previo aviso por escrito con la antelación correspondiente al tiempo de permanencia en la casa.

Tanto en uno como en otro caso, el patrono podrá despedir al obrero abonándole juntamente con los jornales trabajados estas indemnizaciones por despidos, firmando el obrero el recibo correspondiente por saldo y finiquito por todos sus haberes de los trabajos realizados por todos conceptos hasta la fecha, quedando, por tanto, saldadas y liquidadas todas sus cuentas con el patrono, o, en su caso, hacer en aquel momento las reclamaciones a que se creyera tenía derecho; entendiéndose que al no hacerlo en aquel momento es por haber ya percibido totalmente todos sus haberes por todos los trabajos realizados en su casa hasta aquella fecha.

El obrero, cuando desee dejar de pertenecer a la casa lo avisará por escrito con una semana de antelación, si lleva menos de cinco años en ella, y con dos semanas de antelación si lleva más de cinco años.

La falta de cumplimiento de esta obligación será motivo de sanciones y nota en su carnet de identidad, que el Jurado mixto fijará.

Cuando por alguna casa sea despedido personal por haber montado maquinaria de más capacidad, debidamente justificado el caso, este personal será indemnizado con el jornal de dos semanas, llevando más de seis meses en la casa y menos de dos años, y cuando lleve más de dos años, con el jornal de cuatro semanas.

BASE XIV

Los obreros que dejen el trabajo por marcharse a cumplir deberes militares tendrán derecho

a ocupar su puesto con sólo que hayan manifestado al marchar sus deseos de volver a ocupar la plaza. Para ser válido su derecho al solicitar la plaza, tendrán que hacer la solicitud dentro de los dos meses primeros de su licenciamiento.

De igual modo tendrá derecho todo obrero a ocupar su puesto cuando lo haya abandonado por enfermedades de corta o larga duración, siempre que no sobrepasen del plazo que las leyes determinan. Estarán exentos de estos derechos los que padezcan enfermedades venéreas.

Todo patrono estará exento de admitir nuevamente a aquel obrero que durante su permanencia en el servicio militar haya adquirido alguna incapacidad que le imposibilite de rendir el trabajo necesario en el puesto que desempeñaba. No obstante, se procurará por el patrono, en la medida de lo posible, y siempre que haya alguna vacante, recibir al obrero que esté en condiciones de aptitud para realizar trabajos compatibles con su estado físico, en cuyo caso la retribución había de ser pactada entre ambos y comunicada al Jurado mixto.

El patrono, sin responsabilidad alguna, podrá despedir a los obreros que haya tomado para ocupar las plazas de los que hayan marchado para hacer el servicio militar y sustitutos de enfermos.

BASE XV

La clase patronal de la industria, cuando tenga necesidad de admitir obreros podrá solicitarlos entre los sin trabajo que figuren en el Censo profesional del Jurado mixto, si está formado, teniendo en todo caso el patrono el derecho de libre elección entre los inscritos.

Caso de corresponderle al patrono admitir en su casa algún obrero que hubiera sido despedido de ella por causas que hubieran lesionado sus intereses o su dignidad profesional o particular, estará exento de esta admisión.

BASE XVI

Será obligatorio tener en cada fábrica un botiquín para los casos de urgencia que puedan ocurrir.

También habrá en cada fábrica o taller una habitación en condiciones para la ropa del personal, con las debidas garantías de salubridad e higiene.

BASE XVII

En caso de accidente del trabajo disfrutará el obrero del jornal íntegro, mientras no sea de carácter temporal, en cuyo caso se sujetará a lo dispuesto por la ley, excepto en aquellos casos en que el accidente sea ocasionado por imprudencia del obrero, que quedará sujeto a las disposiciones legales.

Fuera del caso de enfermedad, el trabajador, avisando con la posible anticipación, podrá faltar al trabajo, con derecho a percibir el salario, únicamente por alguno de los motivos y durante los períodos de tiempo siguientes:

1.º Por tiempo que no exceda de una jornada de trabajo en los casos de muerte o entierro

del padre o abuelo, hijo o nieto, cónyuge o hermano; enfermedad grave de padre, hijo o cónyuge; alumbamiento de esposa.

2.º Por el tiempo indispensable en el caso de cumplimiento de un deber inexcusable de carácter público, impuesto por la ley o disposición administrativa.

Cuando el cumplimiento de las diligencias a que este caso se refiere lleve consigo el percibo por el trabajador de una indemnización, se computará el importe de la misma como parte del jornal que hubiere de percibir, siendo tan sólo abonable por el patrono la diferencia, si existiere, entre la indemnización y el referido jornal cuando aquélla sea menor.

El trabajador, a petición del patrono, vendrá obligado a justificar la certeza del motivo alegado, incurriendo, caso de ser inexacto, en la suspensión de un día de trabajo, con devolución del jornal percibido por el día de su ausencia injustificada, si lo hubiere cobrado.

También será abonado el jornal en caso de enfermedad, durante quince días en el año natural, en la siguiente forma y cuantía: El obrero que lleve más de seis meses en una misma casa, y hasta llegar al tiempo de dos años, percibirá medio jornal durante esos quince días, y todos los obreros que lleven más de dos años cobrarán el jornal íntegro de los quince días. En ambos casos, para poder percibir el jornal en caso de enfermedad será indispensable que la enfermedad haya durado más de dos jornadas íntegras y se haya dado aviso de la enfermedad dentro de la primera. El patrono tiene la facultad de comprobar la realidad de la enfermedad mediante un médico de su confianza.

No se tendrá derecho a socorro alguno en los siguientes casos: por no probarse la existencia de enfermedad, en casos de enfermedades crónicas por herida o lesión causada en riña, por intento de suicidio, por desafío, por accidente sufrido fuera del trabajo, por enfermedades secretas o mentales, o en caso de epidemia oficialmente declarada.

Tampoco tendrá derecho a socorro el obrero que se negase a ser visitado por el médico del patrono, o a facilitar los informes que le fueran pedidos para la comprobación de la enfermedad. En el caso de haber habido engaño, debidamente aclarado, el patrono se encuentra facultado para despedir al obrero, sin responsabilidad alguna.

BASE XVIII

Al personal que llegue después de su hora al trabajo, y siempre que el retraso sea hasta diez minutos, se le descontará media hora de jornal. Cuando pase de media hora se le descontará una hora. En este último caso, el patrono se encuentra facultado para admitir a trabajar o suspender medio día. Tres faltas en un mes, sin justificación, darán derecho al patrono al despido sin indemnización.

Por lo que respecta al personal femenino dedicado al destajo se seguirán las normas siguientes: Si llegara después de su hora, en un tiempo inferior a diez minutos, abonará 0,25 pesetas de sanción, y cuando pase de media hora, 0,50 pesetas; quedando asimismo el patrono facultado para admitirle o suspenderle medio día. Las tres faltas de asistencia en puntualidad al trabajo en el transcurso de un mes, y siempre que estas faltas no sean por causa justificada, darán derecho a despido, sin responsabilidad alguna.

El importe de la multa en cada fábrica lo tendrá el patrono, llevando una anotación, con el vistobueno de los obreros; debiendo ingresarlo al final de cada ejercicio en la caja del Censo obrero de la industria, para engrosar la suma que haya de sostener a los parados.

El obrero que llegue tarde al trabajo no percibirá horas extraordinarias hasta tanto no haya realizado las ocho horas ordinarias de trabajo.

BASE XIX

Tanto el personal masculino como el femenino, dentro de las labores correspondientes a su sexo, se procurará sea empleado en relación con la necesidad del trabajo. Cuando no lo tuviese en su habitual ocupación, y en evitación de suspensión o despido, podrá el patrono, de común acuerdo, dedicarle a otros menesteres que pueda desarrollar en los trabajos de la casa.

BASE XX

Será obligatorio el cumplimiento de estas bases para todos los patronos y obreros de nuestra industria, tanto en Madrid como en su provincia; no pudiendo alegar desconocimiento e ignorancia de las mismas. Serán nulas todas las cláusulas establecidas en cualquier contrato de trabajo, individual o colectivo, que se opongan a lo por ellas dispuesto.

BASE XXI

Será fijado un ejemplar de este contrato en cada fábrica o taller de la industria, en sitio bien visible y resguardado de posible deterioro.

BASE XXII

La duración de estas bases de trabajo será de dos años, considerándose tácitamente prorrogadas por igual plazo si quince días antes de finalizar éste no manifestase alguna de las partes contratantes su intención de rescindir las.

BASE XXIII

En tanto no funcione el Censo obrero de este Jurado mixto, todo patrono cuando solicite personal podrá exigirle tarjeta de identidad con fotografía, certificado del patrono anterior y certificado médico de su estado sanitario.

No se permitirá en los talleres recibir visitas, hacer trabajos particulares dentro de las horas de jornada, entablar conversaciones o hacer manifestaciones de sus creencias religiosas o políticas, así como cualquier clase de propaganda en tal sentido, introducir vinos o licores y, por razones de higiene, fumar en los talleres.

Será obligación del obrero mantener en las debidas condiciones de limpieza las herramientas y maquinaria de trabajo, así como también tener al corriente al patrono sobre el funcionamiento y estado de todo cuanto esté a su custodia.

BASE XXIV

Por lo que respecta a sanciones, se observará lo legislado en el contrato de trabajo de 22 de noviembre de 1931.

BASE XXV

La fijación de los salarios mínimos no implica estabilización de ninguna especie, tanto en la categoría como en el jornal. Los méritos personales, la constancia y la competencia serán siempre los verdaderos reguladores del bienestar del obrero, y el patrono está en el deber de juzgarlo en todo caso.

ARTICULO TRANSITORIO

(Art. 57 del contrato de trabajo.)

«Es nulo todo pacto que limite, en daño de cualquiera de las partes, el ejercicio de los derechos civiles o políticos, así como la renuncia hecha por el trabajador, antes o después de la celebración del contrato, de las indemnizaciones a que tenga derecho por accidente del trabajo, perjuicios ocasionados por incumplimiento del contrato o cualesquiera otros beneficios establecidos por la ley.»

Madrid, 9 de mayo de 1932. — El secretario, *Ginés M. de Galinsoga*. — V.º B.º: El presidente, *Luis Bravo Villasante*.

Al fin se aprueban las bases de Chocolateros

Por fin, y no sin tener que salvar muchas y muy grandes dificultades, han sido aprobadas las bases de trabajo por las que ha de regirse en lo sucesivo la industria de Madrid y su provincia.

Desde un principio nos dimos perfecta cuenta de que en esta industria del chocolate habría más dificultades que orillar que en las otras especialidades que esta Sección de Galleteros compone, como lo son galletas, bombones y caramelos. Son varios los factores que para estas dudas nosotros encontrábamos: de una parte, el desmedido egoísmo de los patronos de esta profesión, que, aun llevándose poco con los demás, desde un principio se nos mostraron más intransigentes y egoístas; de otra, la crisis tan aguda que en la actualidad pasa esta industria, en la que es más la producción que la demanda, y de otra, y es una de las más importantes, el exceso de maquinaria, que trae como consecuencia que en la industria haya exceso de personal y que la clase patronal, abusando de estas circunstancias tan críticas para nosotros, haya sacado el mayor provecho posible de ello.

No creáis que las mejoras que se han conquistado para el oficio las ha dado la clase patronal

graciosamente. Demuestra lo contrario claramente el hecho de que aquellas fábricas en las que peor eran pagados los obreros entablaron recurso sobre ellas, pensando, sin duda, en que por ello habrían de conseguir sus bajas y rancias aspiraciones, y lo único que consiguieron fué entretener la marcha de ellas un poco de tiempo, y con ello, por lo visto, quedaron satisfechísimos.

¡Qué pobres de espíritu son! Ha sido una lucha a prueba la que han tenido que sostener en el Jurado mixto nuestros compañeros los vocales de Chocolates hasta que estas bases han quedado definitivamente aprobadas.*

Es evidente que los sueldos aprobados en esta industria causen disgusto en parte de nuestros asociados. No nos extraña. Nos lo causa a nosotros también; pero si pensáis bien las causas que han motivado el tener que aceptar estos sueldos; si volvéis la vista atrás y serenamente meditáis cómo se encuentra la industria no solamente en Madrid y su provincia, sino en España entera, ¡ah!, entonces reconoceréis cuál ha sido la lucha, cuál ha sido el sacrificio de nuestros compañeros del Jurado mixto al tener que aceptar esto que en sí no representa nada, pero que es mucho.

Pero, a pesar de que estos sueldos representan poco con relación a la vida presente, a pesar de todas las deficiencias que en las presentes bases de trabajo vosotros encontréis, ha sido grande el impulso que al oficio le hemos de dar con ellas. Repasadlas bien, meditaad bien sobre ellas, y encontraréis unas bases hechas en condiciones de poder cambiar, en parte, tantas y tantas injusticias como en esta industria se cometían con la clase trabajadora. Hemos trabajado en condiciones deplorables, hasta el extremo de que más que seres humanos parecíamos bestias de carga, trabajando jornadas agotadoras y en condiciones pésimas por sueldos que oscilaban entre cuatro y cinco pesetas los que desempeñaban cargos de oficiales. No se cumplía, ni en poco ni en mucho, la legislación social; en suma, daba pena pensar sólo en las condiciones que en el oficio de chocolatero se estaba trabajando.

Pues bien; las presentes bases de trabajo, a pesar de ser cortos los sueldos en ellas fijados, han sufrido en la mayoría de la industria un 40 por 100 de aumento sobre los sueldos que se disfrutaban anteriormente, y se han estructurado de una manera clara y terminante las condiciones de trabajo, que esto, a nuestro entender, representa tanto o más que el aumento que estas bases representan.

No pensaban nunca los patronos de estas industrias que la clase trabajadora se rebelaría en uso de un perfecto derecho y les reclamase, ante un organismo oficial, como lo son los Jurados mixtos, condiciones y salarios mejores que los que disfrutábamos. Asimismo no piensan ahora en que en la mayoría de las fábricas se desplazan sus jefes a los mejores centros de España y al extranjero, donde se vende maquinaria, para gastar miles y miles de pesetas en máquinas, para con ellas poder suplantar a los brazos humanos, porque estas máquinas modernas que los

hombres de ciencia inventan no sólo las inventan para producir más y más, sino que también las inventan para ahorrar esfuerzos al trabajador, para ahorrar el desgaste de energías a los seres humanos.

Por ello, porque compren buenas máquinas y en condiciones de seguridad para el obrero, nos consideramos de enhorabuena, porque es evidente que la clase patronal las compre para un fin; pero que nosotros, los trabajadores, procuremos darle otro, el cual será distinto, como es natural, al que ellos piensan. Pero todo esto que, a simple vista, no parece nada, pero que en realidad es mucho, no lo podremos conseguir en lo que la clase trabajadora no se dé cuenta de que su puesto de lucha es la organización obrera; que así como el patrono se une a los suyos, según ellos, para defenderse de nuestras pretensiones, nosotros debemos unirnos también para defendernos de sus tiranías y de sus egoísmos, que no son pocos; pero de todo esto no estaremos libres en lo que quede un solo obrero a los que esta Sección afecta por asociar, y, por desgracia para todos, son bastantes todavía.

Cada uno de nosotros debemos ser un propagandista de nuestra organización, demostrando a los que por su apatía o ignorancia no se hayan asociado todavía los beneficios que por medio de ella hemos conseguido, y que si éstos no han sido en la cuantía que nosotros pretendíamos ha sido la causa el no estar asociados ellos todavía; enterarles que funciona ya nuestra Sociedad de Socorros Mutuos La Dulce Alianza, la que en casos de paro, enfermedad, vejez, defunción, etcétera, remediará en parte las necesidades de los obreros de la industria cuando nos encontremos en los casos anteriormente dichos.

Si hacemos una organización y sabemos no ya sostener, sino aumentar en su cuantía estos socorros, habremos dado al traste con una de las artimañas que todavía tiene la burguesía en su poder, y que hemos de procurar quitársela por ser de lo más inhumano que existe: aprovecharse cuando el obrero sufre alguna de estas necesidades para que, vencido por el hambre y la miseria, se tenga que entregar en sus garras para explotarle mejor a su gusto.

Angel CARRASCO

NECROLOGICA

Vicente Calaza.

Hace dos años que dejó de existir entre nosotros este camarada. Cuanto más avanza el tiempo sentimos con mayor intensidad la ausencia.

Fué un luchador incansable. Dió por la organización todo lo que pudo. Cuando la muerte le cercaba sintió el impulso ideal, y habló de la educación de sus hijos a los compañeros para que no se apartaran del camino que emprendiera él; por eso nosotros rendimos el debido homenaje a su memoria.

El acto, sencillo y conmovedor, del descubrimiento de la lápida que perpetúe su nombre tuvo tal grandiosidad, que las palabras no podían expresarle. Sólo un espíritu elevado a regiones insospechadas lo catalogaría; nosotros sólo con el corazón podíamos expresarlo; pero en aquel momento acongojaba nuestras palabras para dar rienda suelta al dolor por la separación definitiva.

Inocencio Verdeal.

Víctima de cruel enfermedad falleció este camarada nuestro, cuyo recuerdo perdurará en la memoria de todos los que actuaron con él en horas difíciles para la organización.

Lejos de sus camaradas, por los que dió todo lo que pudo, exhaló el postrer aliento.

Un lugar en nuestra memoria y el recuerdo perpetuo del Sindicato.

De interés para los chocolateros

EL COMIENZO DE NUESTRA OBRA

Como complemento a las bases de trabajo para la industria de chocolates en la provincia de Madrid, y que en este mismo número del BOLETIN se publican, creo de sumo interés hacer unas cuantas objeciones para que los chocolateros, y, a su vez, todos los afiliados a la Sección de galleteros y similares, puedan darse perfecta cuenta de nuestra situación, tanto en el tiempo transcurrido desde que se comenzó la discusión de las tan deseadas bases como en el momento presente, que es cuando puede decirse que están en vigor de una manera oficial, y con efectos retroactivos hasta la fecha en que fueron publicadas en el «Boletín» de la provincia.

Nuestra situación durante el tiempo de discusión ha sido bastante comprometida por el hecho tan notorio de tener que colocarnos ante la realidad de las circunstancias tan especiales por que atravesábamos, motivo que nos hacía tener presente los intereses de un contingente de profesionales que abarca más de la mitad de todos cuantos pueda haber en Madrid y su provincia, y que, a pesar de tratarse de compañeros que nunca sintieron interés alguno por la asociación de clase (entre éstos están los de las fábricas de los pueblos y una buena parte de los que trabajan en la capital), no por eso dejaban de ser para nosotros respetables los intereses de estos camaradas, motivo por el cual no podíamos dejar de tenerlos presentes. Por este hecho, en la cuestión tan delicada como es la que afecta a los jornales mínimos (aquí bien podríamos decir máximos, puesto que en pocos casos pasarán), tuvimos que luchar a capa y espada para conseguir los fijados en las bases, los cuales ya para los vocales obreros que intervinimos en el debate eran en sí irrisorios, toda vez que de los tres que formábamos la Ponencia, en su categoría de oficiales, dos rebasaban a la cantidad que fijábamos para el oficial, y el otro tenía

ya asignado el jornal que correspondía a esa categoría, pues si bien el jornal no llegaba a esa cifra, como quiera que percibía otros emolumentos, lo que en realidad cobraba era esa cantidad, o más bien algo más.

Por la desilusión que en nosotros producía el hecho de fijar jornales que ya en algunos sitios se disfrutaban o sobrepasaban, tratamos de hacernos fuertes en la discusión, sin que esta fortaleza dejara de dar acceso a la verdadera situación de los más, hecho que exigía ser comedidos en la discusión, pues estaba visto que ante el estado de anarquía en que se encontraba la industria no podíamos cerrar el paso a la razón, ni dejar, por tanto, de imponer el sacrificio de los menos en beneficio de los más.

Esta es, estimados compañeros, la verdadera situación en que nos encontrábamos mientras duró la discusión de nuestras bases de trabajo para la industria de chocolates. ¿Cuál es la de ahora? ¡Ah! Esto merece que se trate por separado, y me dispongo, para hacerlo, a abrir párrafo aparte y analizar el momento tal y como me lo dicta la realidad.

La actualidad, por lo que se refiere a los chocolateros, no deja de ser brillante, aunque no lo es tanto como lo que nosotros deseáramos, empleando la palabra en todo su esplendor. Conseguimos hacer un contrato de trabajo para la industria que, si bien adolece de defectos, constituye en sí un éxito, puesto que es la base para que, aprovechando todo cuanto nos facilitan las circunstancias, podamos seguir la obra que ahora hemos comenzado. En toda obra lo más costoso es hacer la base firme en que poderse afianzar para empezarla. Así, en el caso nuestro, es el primer peldaño el que hemos subido de la escalera que tenemos formada para subir a la cumbre, o, mejor aún, es la base para poder sujetar la escalera, para que así nos sea más fácil el acceso. No hay que dejar de comprender que lo más costoso es lo que ahora hemos hecho, y siéndolo así, hay que tratar de defender todo cuanto ahora hemos conquistado, y después, cuando las circunstancias nos lo aconsejen, procurar seguir la obra hasta que podamos llegar a la meta, ya por otros oficios o industrias señalada.

Por lo demás, nuestra situación no deja de ser sino como lo era hace algunos meses. Bien es verdad que nuestra organización ha aumentado en número; pero esto nada dice en favor de la clase, puesto que lo que hay que hacer es asociados de activo, y no de número. Hay que darse cuenta de que cuando uno se alista en una organización determinada es para dedicarse en cuerpo y alma a su servicio, y no hacerlo así es retrasar la obra en una medida que a todos puede perjudicar. La mejor prueba de ello es la que nosotros podemos dar en esta ocasión, en que por no haber tenido la organización fuerte y poderosa que la vida de la industria permitía hemos tenido que estar a merced de las circunstancias, y no de las exigencias de la vida, como debería haber sido. Hay que comprender, de una vez para siempre, que todo aquello que nosotros tengamos que hacer no debemos esperar a que nadie nos lo haga.

Esto mismo ya lo dije en otro trabajo que pu-

bliqué a propósito del estudio de las bases de trabajo que entonces tenía el Comité de nuestra Sección de Galleteros. Lo dije, e insisto en ello: En aquellas cosas que nos afecten de cerca no debemos estar esperanzados en que el vecino vaya a sacrificarse por nosotros, sino que debemos contar única y exclusivamente con nuestras fuerzas, y entablar la lucha con arreglo a la potencia que ellas tengan.

Y, para terminar, habréis de permitirme que lo haga de la misma forma que lo hacía en aquel trabajo de que hago mención, para lo cual me valdré del mismo párrafo que allí insertaba:

«Así, pues, todo compañero que en estos momentos no se avenga a prestar el apoyo y el sacrificio que la obra reclama, creemos que no es digno de conservarle a nuestro lado.»

Salomón HERAS,

vocal del Jurado mixto
de Chocolates.

De Trabajo

Para dar efectividad a la ley sobre Asociaciones profesionales

Por el ministerio de Trabajo se ha dictado una orden dando disposiciones para la efectividad de lo dispuesto en la ley de 8 de abril del año actual sobre Asociaciones profesionales. En dicha orden se dispone:

1.º Que conforme a lo prevenido en el artículo 1.º de los adicionales de la citada ley sobre Asociaciones profesionales, las entidades de esta índole, patronales y obreras, que pretendan ostentar la personalidad que la mencionada ley reconoce habrán de cumplir con lo dispuesto en el artículo 8.º de la misma, dentro del plazo de cuarenta días, a contar de la fecha de la promulgación.

2.º Sin embargo, respecto de las Asociaciones profesionales patronales y obreras ya inscritas en los Registros de Asociaciones de los Gobiernos civiles, se entenderá que sus estatutos quedan, desde luego, modificados a partir de la fecha de entrada en vigor de la ley, en cuanto sea preciso para su adaptación a los preceptos de ella, y, en consecuencia, desde tal fecha las indicadas Asociaciones habrán de ajustarse en su actuación y funcionamiento a los respectivos estatutos así modificados, de lo que se dará cuenta por las Directivas a los respectivos socios lo más inmediatamente posible, por los medios acostumbrados de comunicación con ellos, y se hará constar en la primera junta general que cada Asociación celebre, concediéndose un plazo, improrrogable, que terminará el día 31 de agosto próximo, para esto último y para que una vez así cumplido se remitan a las Delegaciones provinciales de Trabajo o, en su defecto, a los Gobiernos civiles y a la Dirección general de Trabajo certificación suscrita por el presidente y el secretario del acta de la

junta general en la que se haya acordado la reforma de los estatutos respectivos, para su adaptación a la ley y para solicitar la inscripción en el Registro correspondiente.

3.º Las Asociaciones profesionales patronales y obreras que no cumplieran con lo dispuesto en los apartados anteriores no figurarán en los Registros especiales de las comprendidas en la mencionada ley de 8 de abril último y no podrán ostentar, oficial ni públicamente, la representación de las clases patronales y obreras de cualquiera demarcación profesional y territorial.

A LOS JOVENES ESPAÑOLES

CARTA DE JAIME VERA

He aquí uno de los muchos y hermosos trabajos que Jaime Vera dedicó a la propaganda de las ideas socialistas.

Al dirigirse a la juventud vibra de optimismo y energía el espíritu del maestro:

«¡Juventud! ¡Juventud! Primavera eterna de la vida humana, sonrisa del mundo, ¡tú eres el mañana de más belleza y de más verdad, siempre ansiado!

Vamos dejando tras nosotros, los que os precedemos, lo más de nuestra vida, cuyo recuerdo es a la vez nuestro dolor y nuestro consuelo: nuestro dolor, porque vida pasada es bien perdido; nuestro consuelo, porque la perdimos luchando por un porvenir mejor, frente al cual el presente es bárbaro y odioso.

Los llegados ahora tenéis delante un vacío de límites imprecisos, luminoso y encantado, que habéis de llenar con vuestras vidas. El corazón se estremece ante la duda de si se colmará con vuestra ignominia o vuestra gloria. Porque la edad de las almas no se cuenta siempre por los años. Anidan en jóvenes cuerpos almas viejas, y en viejos cuerpos almas de renaciente juventud, siempre abiertas a la renovación ideal, rebosantes de efusivo amor, que se derrama hacia fuera en actividades bienhechoras. Se recibe con la vida la semilla de tan excelsos dones, y con el cultivo se perfecciona en cada hombre su evolución natural.

De jóvenes almas está necesitada España, y la carrera de vuestra vida será gloriosa si sois y sabéis ser jóvenes, si os resistís a haceros para siempre desgraciados vendiéndolos al diablo, abdicando por la satisfacción de los bajos egoísmos y de las pueriles vanidades los altos timbres de la personalidad: la racional libertad de espíritu y la independencia del carácter; el poder de profesar la verdad liberadora frente a los errores consagrados, encubridores del sórdido interés, cimiento de dominaciones seculares; el derecho a salir a la defensa del humilde, abatido contra la opresión del poderoso.

Mas no os sugiera vuestro ardor la ilusión juvenil de que el mundo empieza con vosotros. Uno es el mundo, y todo en él es continuación. La

savia circulante asciende en el árbol desde las raíces hasta las ramas más tiernas de la copa, hincha las yemas y florece y fructifica; pero a cada floración, por capas concéntricas aumenta sus diámetros el tronco, y cuanto más añosa, más se robustece y más se eleva la fuerte columna que sostiene las magnificencias de la copa. Así, el pasado es la base del presente, y en las entrañas del presente cuaja, florece y fructifica el porvenir en renovación eterna.

Vosotros, los jóvenes españoles que ya os llamáis socialistas y pretendéis ser la vanguardia de vuestra generación, y habéis luchado y algunos habéis sufrido, estáis obligados a dos cosas.

La primera, que al profesar de socialistas, lejos de haberos metido en las estrecheces de un dogma, habéis roto las adherencias de vuestro pensar a las anquilosis de una forma social perrecedera y saltado al ambiente libre, donde todo conocimiento físico o social es buena nueva que se organiza en la conciencia viva, siempre en período constituyente, en perenne elaboración.

La segunda cosa que habéis de demostrar, jóvenes socialistas, es que sabéis mejor que nadie ser patriotas. Porque trabajando en España, laborando vida española y conciencias españolas, y en beneficio más próximo de la porción de Humanidad que es España, vais a consagrar lo más puro de vuestros impulsos a resolver problemas humanos, universales, con localización nacional, pero con solución fundamentalmente idéntica en toda la Humanidad civilizada, porque son resultado de un común modo de vivir social, de un desenvolvimiento histórico fundamentalmente el mismo. Y tomar así los problemas nacionales es practicar la forma más alta del patriotismo racional, y así, como los socialistas, podéis reivindicar para vosotros el título de los mejores patriotas. De esta manera, trabajando en la patria y para la porción de Humanidad que es la patria, se vive en la Humanidad y se sirve a la civilización. Y vuestro será el homenaje de España y de la Humanidad civilizada si vuestra potencia creadora hace presión más allá de las fronteras sobre las resistencias al progreso y añadís vuestra parte al perfeccionamiento de la vida universal.

Osad a todo, jóvenes españoles. Nada de lo humano os es vedado. Sea vuestra ansia reconquistar la estimación y el respeto del mundo por la colaboración en su progreso, por vuestro esfuerzo ascensional hacia la civilización armónica, en que los brutales antagonismos, malhadada herencia de la Historia, sean eliminados, y sean los objetos sagrados del culto común la justicia y la libertad.

¿No sería indigno de vuestro espíritu generoso limitar vuestro ideal práctico al desenvolvimiento del capitalismo nacional, cuando las naciones más adelantadas nos muestran cómo el capitalismo corrompe la civilización que la ciencia engendra y que es fase histórica que urge precipitar y eliminar? Sea nuestra aspiración no lo que las naciones más adelantadas son, sino lo que la parte más civilizada de las naciones aspira a ser.

Este debe ser el axioma fundamental de la actuación española: *Ninguna fatalidad natural nos condena a perpetua inferioridad histórica.*

Históricas, adventicias, transitorias, aunque tremendas y harto durables, son, en nuestra patria, las resistencias activas al progreso humano y, de rechazo, al auge nacional. Todavía se yerguen prepotentes, todavía dominan las costumbres y, por su mayor parte, los poderes nacionales, labrando y sustentando tenaces las inferioridades nacionales, por las que, a contrapelo del tiempo, sobreviven. Ellas sucumbirán, por fin, a aquella estrategia que consiste en el cultivo, la coordinación y el empuje solidario de todas las fuerzas progresivas españolas. El impulso civilizador de fuera coadyuvará a nuestro esfuerzo.

Esta estrategia, jóvenes españoles, es vuestro deber.

La superioridad que conduce a la victoria se alcanza trabajando. Ponga en la obra común, quién el pensamiento, quién la acción, y juntemonos todos para la acción inteligente, que cuanto más inteligente será más eficaz.

Hay que investigar la verdad en todos los órdenes y profesarla, difundirla y aplicarla.

Yo os juro que para alcanzar la verdad, no impulso, pero sí luz de la revolución, que gigantesca avanza, no os podré dar mejor consejo que el siguiente:

Analizad, estudiad por partes. *Tomad un territorio circunscrito de lo que como realidad física o social se nos aparece, y estudiadle a fondo en los hechos mismos, no en las opiniones ajenas.* Después, con la disciplina que da la adquisición de un personal saber, podéis asomarnos al mundo sin desorientaros ante las cuestiones actuales o los problemas eternos, imán constante de la inteligencia humana. Porque en cada fragmento, por pequeño que sea, del universo, corpóreo o incorpóreo, están las normas constantes conforme a las cuales es todo y sucede todo. A esta costa el saber guiará y coordinará la actuación.

No imitéis a la porción más brillante, más agasajada y más inútil de nuestra intelectualidad de ayer como de hoy, que se cierne siempre en las alturas de la generalidad y de la abstracción, haciendo teología y mística sin saberlo, leyendo a otros y pretendiendo decirles de todo sin conocer nada bien a buena cuenta.

No seré yo quien os halague asegurándoos el triunfo. Victoria tras victoria, sí. Los mejores de vosotros nunca se creerían triunfantes. Quien se siente triunfador se para. Y el que se para, ese es el derrotado, es el que se hace viejo, es el estorbo, sólo útil por su desaparición.

¡Jóvenes: sabedlo ser y procurad conservaros jóvenes, esto es, capaces de aprender y capaces de amar hasta que vuestro cuerpo se derrumbe y vuestra vida se extinga!

Si sois así, cuando veáis la mayor parte de vuestra vida ya pasada y os pidáis cuenta a vosotros mismos de su empleo, podréis decir, henchida el alma de melancolía, pero también de la satisfacción más pura: «He vivido y he sido útil.» Corona más alta no la hay en el mundo.

23 de octubre de 1912.»

Doctor Jaime VERA

Lejos de las trincheras

Por todo lo largo y lo hondo de las dos trincheras, alemana y francesa, corre una misma palabra, en la que los soldados resumen su experiencia de la guerra; es la palabra que más número de veces se repite, la que con mayor frecuencia está en boca de los combatientes. La vemos en los diarios alemanes y franceses de la guerra. Es una fea palabra. No está dicha con el aire heroico de Cambrone. Al contrario. Se pronuncia con acentos de rabia y de desilusión, de asco y de violencia: «¡M...!» No estamos ante una anécdota banal. Para llegar a esta síntesis de asco y de repugnancia, los cañones han necesitado hacer muchos disparos; las ametralladoras, muchos blancos, y los fusileros, descargas ininterumpidas. Ha sido preciso que la tierra, rota y desentrañada, se llenase de hierros y de cadáveres, anegándose en sangre proletaria, al punto de que el trigo, de haberlo podido dar, hubiera tenido regusto de cosa humana. Es, pues, el momento en que podemos, eludiendo la visión del frente, volver nuestros ojos hacia las ciudades del interior, aun a las más lejanas y apartadas de los cañonazos. ¿Qué sucede en ellas cuando los soldados escupen todo su encono en esa palabra que se populariza en las dos trincheras? ¿Cómo es la vida en ellas? Los partes oficiales se callan cuanto pueda hacer alusión a ese extremo. Es preciso esperar para conocerlo. ¡Ocurren tantas cosas! Nada menos que dos gruesos volúmenes, de circulación restringida, con un apéndice terrible, cuyos testimonios gráficos — tan crudos son — no hay posibilidad de traer a estas páginas, ha precisado editar el Instituto de Ciencia Sexual de Berlín, para darnos un compendio, una visión aproximada, de la historia lateral de la guerra. No son libros que puedan ponerse en todas las manos. Explíquense a nuestros lectores: se canaliza en ellos, con propósitos científicos, todo el cieno que la guerra saca a la superficie. Nunca la animalidad de los hombres alcanzó grados de tan refinada perversidad. La alegría, la jocundidad, manifestaciones candidas en la diversión y en la euforia, quedó derrotada en todas partes por el placer desenfundado, que deja, al final, un gusto acedo. Una huella tanto más dolorosa cuanto mayor sea la ansiedad con que se le busca. A la cabecera de una parturiente, de ojos desorbitados y rostro de asombro, el médico le muestra el fruto de color, un negro, y añade con terrible naturalidad: «Esto es la guerra.» Sí; eso es la guerra; pero la guerra tiene, en las ciudades, manifestaciones mucho más terribles que el alumbramiento de un niño negro. Son las escenas del hogar proletario, donde el hambre, la miseria, entenebrece la vida. «¡Pan!», gritan esos dos niños, que se aferran con violencia a las ropas de la madre, que se tapa el rostro, mientras con la otra mano trata de acallar la voz acusatoria del hijo. «¡Pan!» ¿Dónde está el padre? ¿En las trincheras? ¿En las tumbas de Iprés, de Verdún, del Marne? Todo lo que esta mujer sería capaz de decir a sus hijos es que salió de casa, el fusil al hombro, el casco florecido de laureles y rosas, las manos llenas de cajetillas de

cigarrillos. Salió como se sale a una fiesta: alegre, la boca llena de gritos patrióticos; y la muerte, la muerte de la guerra, le tomó como presa. ¿Qué se hizo de él? Sus hijos, de cuya miseria le cabe culpa, gritan hambrientos la condenación: «¡Pan!» Toda la ciudad, en sus barriadas proletarias, resuena con la misma demanda. Es el grito que empuja a las madres a formar, frente a los comercios, largas colas. Que llueva o que haga sol, permanecerán horas y horas en espera de la exigua ración, que no es siempre segura. Millares de veces, para millares de mujeres, la espera resultó infructuosa. Odiaban volver a su casa. Retrasaban su paso, acobardadas ante la petición de los hijos. Millares, sí, millares de mujeres vieron retribuida su larga espera en las colas con un lacónico comunicado: «Desaparecido», o bien: «Murió heroicamente por la patria.» Todo automático, frío, como un trámite burocrático. «Murió», «desapareció». Y en la casa, horrible y maldita, el grito exigente de los pequeños: «¡Pan!»

Los lapiceros de los dibujantes han dejado, para siempre, constancia de ese aspecto de la guerra. Gracias a esos dibujos podemos reconstruir con bastante fidelidad los días del hambre. Para combatirla, las mujeres abolieron de un solo golpe todos los escrúpulos morales. La que pudo robar, robó; pero no había muchas cosas que robar; el agio, la usura y el comercio se anticiparon a la mujer del pueblo, y a ésta sólo le quedó un camino: el de la prostitución.

Ofrecerse, para los desenfrenos lujuriosos, a los que se habían adueñado de todo. Traficantes de municiones, de indumentos, de vituallas, de caballos, pudieron ampliar sus festivales eróticos con las muchachas anémicas. Estipendios bajos. También a la hora del placer se imponía la ley de la oferta y de la demanda. Mucha oferta, poco precio. Las gracias femeninas se cotizaban bajo; un poco mejor las de los efebos.

Entre esos dos polos—misericordia y vicio—discurría la vida en las ciudades.

El padre caía en Iprés, en Verdún; la hija o el hijo, en el colchón de una casa de trato, y la madre, derrengada y hambrienta, entre las ruedas dentadas de una factoría de guerra. El patriotismo inscribía las tres caídas bajo un común denominador: «Heroísmo», contra el que en las trincheras se disparaba la palabra de más uso: «¡M...!»

¡Qué lejanos los días del entusiasmo criminal! ¡Qué terrible decepción la decepción del patriotismo! El limo de la guerra lo invadía todo. Su azote llegó hasta los rincones más escondidos. La pequeña aldea campesina conoció sus hambres y su prostitución. La intimidad de cada casa era un fenómeno de inmoralidad y de dolor.

El sacerdote que bendijo los cañones, que empujó a los hombres al frente, asegurándoles que iban en la compañía de Dios, ¿de dónde podía sacar autoridad para oponerse a aquella oleada de vicio?

¿Qué podía objetar a la conducta de la mujer adúltera a quien él había separado del marido? ¿Qué clase de corrección moral podía dedicar a la muchacha impúber que subastaba su cuerpo para no perecer de hambre con los suyos? El Dios que

bendecía la guerra bendecía estas otras historias derivadas de la guerra. Bendecía al especulador grasiento y bendecía, con mayor razón, a la madre que, incapaz de llevar más adelante su resistencia, apostaba a su hija al paso de los transeúntes: «Es tanta nuestra miseria—exclamaba una de estas muchachas—, ¡somos tan pobres!...» La prostitución era un recurso, y no bueno. No malo que cada noche se ganase el pan del día siguiente.

Las despojadas de méritos y alicientes para este comercio se acogieron a la fábrica. Otra variante de la prostitución. Más dolorosa. Más difícil. Jornadas extenuadoras. Salarios de hambre. Una explotación amparada bajo la rúbrica del patriotismo. En el frente y en la retaguardia, sólo una palabra, sólo una podía servir para condenar todo el oprobio de la guerra; la misma que se popularizó en las trincheras: «¡M...!»

Julián ZUGAZAGOITIA

(Del extraordinario de *El Socialista*.)

El apóstol de la paz

«¡Ha muerto Jaurès!» El grito unánime de las gentes por las calles de París dió la impresión de que la guerra estaba próxima; el apóstol de la paz caía acribillado no por Villain, sino por el nacionalismo galo, que esperaba la guerra, que ansiaba ver la revancha del desastre de Sedán, anhelando las glorias de Napoleón el Grande, obscurecidas por el tercero de los corsos al claudicar en Metz ante el incipiente militarismo prusiano.

Surgía la guerra no porque el imperialismo central la desatara, sino porque la pugna del capitalismo era evidente: no cabían en la misma esfera los hombres latinos y los soberbios germanos; los mismos motivos que hoy: la expansión territorial y el dominio comercial del imperio eran pequeños; las ambiciones universales, grandes. tenía que estallar el conflicto y se buscó el pretexto; un atentado prendió fuego a la mecha, y el hecho inevitable se produjo.

Génesis siniestra que tuvo al mundo en lucha cruel muchos días, para terminar con el abrazo final del capitalismo, que había cumplido su misión: acaparar el oro a costa de las vidas de tantos jóvenes y de la ruina de tantos pueblos.

Un hombre fué el sacrificado; el viejo socialista francés que lanzó el grito contra la guerra tenía que servir su cuerpo a la causa de la barbarie, porque sobre él pasarían los ejércitos del odio. ¡Jaurès! Cuando la opinión europea esperaba del gesto del hombre la paralización de los preparativos bélicos, la mano mercenaria, sirviendo al nacionalismo, siega la vida del gran socialista, paralizándolo, por el estupor, las negociaciones de los representantes hermanos, que caminaban hacia el mismo fin. El capitalismo estaba servido, y la movilización decretada; aún era tiempo; pero faltó Jaurès; el golpe fatal sumió en estupor a la masa, y al com-

pás de los gritos jubilosos de revancha salía para la frontera a luchar contra hermanos que, engañados por las falsas teorías del capitalismo, también se prestaban a servir de víctimas a la gran farsa de las nacionalidades y de los patriotismos.

Muerto Jaurès, el mundo se desboca; aparecen trotando por los campos europeos las vírgenes locas de la tradición, cabalgando sobre la peste, la desolación y la miseria; los trenes que, abarrotados de carne humana, pasan por las localidades son recibidos por las multitudes, que arrojan flores para que después les sirvan de mortaja; la locura patriótica lo invade todo, mientras en las cancillerías los hombres de negocios se frotan las manos porque, al fin, fueron vencedores del pacifismo, encarnado en Jaurès, y de las posibilidades de parálisis de la acción guerrera, si éste hubiera tenido vida suficiente para llamar a los pueblos a la concordia.

Evidentemente, se llamó a los sentimientos de patria con tal intensidad, que hizo perecer momentáneamente los principios de Humanidad; la muerte del gran socialista tuvo para el capitalismo la virtud de poder precipitar los acontecimientos, y mientras en Occidente hablaron a la masa los esbirros del capitalismo de revancha, en los imperios se dió rienda suelta a un espíritu de superioridad, que, adormecido, encontró el cauce legal para expansionarse, aunque esto fuera a costa del crimen más horrendo que la Historia registra.

Sencillos campesinos de Normandía y pacíficos ciudadanos del París clásico salieron de sus normas habituales para ser uncidos como bestias a la carreta triunfal del militarismo; lo mismo allá lejos: se les habló de superioridad de razas, se les llamó a un pueblo con la amenaza de la invasión, lanzando al pueblo mismo contra los hombres que hablaban de paz y de justicia.

Más tarde, la triste realidad les enseñó que habían sido explotados en su ignorancia; pero entonces les llamaron al instinto para que abandonaran el nombre de humanos y se convirtieran en fieras; época trágica donde la trinchera suple a la vivienda, esperando la cacería humana; unos hombres acechan, otros son víctimas; la ciencia al servicio del crimen, y, mientras tanto, la Banca universal, sin entender de patrias, entrega sus fondos a las fábricas de armamentos, para que elaboren el material suficiente que anule la civilización; llega la barbarie uniformada a dominar sobre las ideas de redención, y no se piensa en aquel sacrificio por el arma cobarde cuando aún era la época de formular la protesta enérgica de la clase trabajadora del mundo contra la brutal guerra del imperialismo.

El nombre de Jaurès tiene que ir forzosamente unido a las campañas pacifistas; quizá más tarde sería víctima; pero se interpretó que podía ser un obstáculo, y el criminal fué comprado para eliminar un factor importante, que, lleno de amor a la paz, no podía concebir que aún hubiera hombres que se prestaran a servir las ansias de expansión del capitalismo. Los que tuvieron la suerte de volver del infierno comprenderán, a través del tiempo, lo que representaba la venerable figura del pacifista, porque, ausentes de la realidad, marcharon al compás de las charangas del falso

patriotismo y coreados por los gritos jubilosos del histerismo nacionalista; el concepto de patria no era lo que los propagandistas de la burguesía dijeron, sino que la verdadera nacionalidad era el mundo. Los que al regresar lo hicieron con la feroz marca de la guerra en sus miembros, cuando recordaron la partida jubilosa en busca de un enemigo que también era víctima, vieron la juventud perdida y la vejez prematura en defensa de intereses que no eran suyos. Las madres que recibieron el triste mensaje de la muerte del ser querido; todos, al recordar aquella fecha, tendrán la frase de condenación para el asesino que terminó con la vida de Jaurès.

Pero el peligro subsiste. La amenaza todavía se cierne en el mundo; parece que las enseñanzas del pasado de nada sirvieron; pero ahora es preciso que no sea un hombre el que sostenga la lucha contra los imperialismos. Se necesita que la Humanidad sea movilizadada contra la guerra, porque los hombres tienen que comprender que por encima de las fronteras está la tranquilidad; la fraternidad humana, frente a la política desarrollada por un capitalismo sin conciencia.

Ya se dibujan nuevamente los perfiles de las contiendas futuras; si los pueblos no salen al paso de las maniobras bélicas, si la clase trabajadora no se apresta a ser muro donde se estrellen todas las conjuras de la vieja diplomacia, el mundo será juguete de la barbarie, los hijos serán arrancados de los brazos de las madres para ser inmolados en beneficio de una casta, envueltos en los jirones de un honor insatisfecho, de una burlesca parodia del nacionalismo, y las ciudades serán destruidas por el hierro y por el fuego.

Nada se salvará, porque la ciencia trabaja para la destrucción; los enormes laboratorios, que debían ser campos de experimentación de la vida, son convertidos en agentes de la muerte; se azuza pueblo contra pueblo por débiles pretextos, mientras la masa del país, indiferente, sirve de cómplice. No existe Jaurès; pero debe surgir la enorme legión de sus discípulos; contra la guerra será toda la labor del mundo; la máscara de colores que invadió a Europa en 1914 tiene que ser expulsada de las conciencias, para enterrarla en el pasado, si queremos que la Humanidad subsista.

Jaurès, símbolo del pacifismo, tiene que ser imitado; por eso, todas las ideas que al mismo fin converjan tienen que mirar hacia el mundo, pensando que todos los hombres son hermanos, y en este día declarar solemnemente que, contra la guerra, el pueblo es defensor de la paz, y contra el capitalismo brutal, la revolución proletaria.

Cándido PEDROSA

Quienes no saben vivir decente y honradamente dentro de esta sociedad no están capacitados para vivir el comunismo libertario, para el cual se necesita una superior cultura y una máxima bondad. — Dr. VALLINA

Paro y capitalismo

¿Cómo querían ustedes que de las aplicaciones industriales o agrícolas, de los descubrimientos de la ciencia, de la racionalización a todo trance, en régimen capitalista, donde la producción está dirigida no con vistas a las necesidades de los individuos, sino para dar utilidades a los poseedores individuales y colectivos de los manantiales de riqueza, cómo querían ustedes que de todo eso no surgiera sobreproducción, paro, caos y miseria?

En este terreno, las estadísticas son más revolucionarias que todos los discursos.

De 1919 a 1920 aumentó en los Estados Unidos el rendimiento por cabeza en la industria manufacturera en un 45 por 100. Durante el mismo tiempo, el número de trabajadores ocupados en ella bajó de nueve millones a 8.100.000.

Fijaos bien: 900.000 trabajadores menos para una producción mayor en 45 por 100. ¡Oh el magnífico orden social!

Aproximadamente, la misma proporción se observa en las demás industrias.

En las minas aumentó el rendimiento por cabeza en 40 por 100, mientras que el número de trabajadores ocupados disminuía en un 7 por 100.

El rendimiento de los ferrocarriles aumenta; pero hay 300.000 ferroviarios menos en activo.

La generalización de las máquinas en la agricultura ha privado de ocupación a tres millones de cultivadores.

Más todavía:

El negociado de Estadísticas del trabajo de los Estados Unidos declara que si 200 solamente de las 1.357 fábricas de calzado del país trabajasen a plena marcha, podrían satisfacer la demanda, y podrían cerrarse otros 1.157 establecimientos.

¿No son concluyentes estas cifras?

Asombraos, después de esto, del auge de las ideas socialistas en el mundo.

Todos los partidos burgueses, sus ministros, hombres de Estado, economistas, se hallan completamente desconcertados ante esos acontecimientos. No tienen ni doctrina ni brújula.

¿Qué justificación más evidente de las teorías marxistas, que nuestros adversarios habían creído demoler con los pobres recursos de sus groseras polémicas!

A nosotros nos corresponder iluminar a las masas y prepararlas para el combate contra un sistema tan insensato, que hoy constituye un obstáculo para el progreso, para el bienestar y para la propia vida de la civilización.

PAUL FAURE

Literatura selecta

LA CALLE

«Te observaba desde la ventana esta tarde al volver de casa del maestro; tropezaste con una pobre mujer. Cuida mejor de ver cómo andas por la calle. También en ella hay deberes que cumplir. Si tienes cuidado de medir tus pasos y tus gestos en una casa, ¿por qué no has de hacer lo mismo en la calle, que es la casa de todos? Acuérdate, Enrique: siempre que encuentres a un anciano, a un pobre, a una mujer con un niño en brazos, a un impedido que anda con muletas, a un hombre encorvado bajo el peso de su carga, a una familia vestida de luto, cédeles el paso con respeto; debemos respetar la vejez, la miseria, el amor maternal, la enfermedad, la fatiga, la muerte. Siempre que veas una persona a la cual se le viene encima un carruaje, quítale del peligro, si es un niño; adviértele, si es un hombre. Pregunta siempre qué tiene al niño que veas solo llorando. Recoge el bastón al anciano que lo haya dejado caer. Si dos niños riñen, sepáralos; si son dos hombres, aléjate, por no asistir al espectáculo de la violencia brutal, que ofende y endurece el corazón. Y cuando pasa un hombre maniatado entre dos guardias, no añadas a la curiosidad cruel de la multitud la tuya; puede ser un inocente. Cesa de hablar con tu compañero y de sonreír cuando encuentres, o una camilla del hospital, que quizá lleva un moribundo, o un cortejo mortuorio, porque ¿quién sabe si mañana no podrá salir uno de tu casa! Mira con reverencia a todos los muchachos de los establecimientos benéficos que pasan de dos en dos: los ciegos, los mudos, los raquícos, los huérfanos, los niños abandonados; piensa que son las desventuras de la caridad humana las que pasan. Finge siempre no ver a quien tenga una deformidad repugnante, ridícula. Apaga siempre las cerillas que encuentres encendidas al pasar: el no hacerlo podría costar caro a alguno. Responde siempre con finura al que te pregunte por una calle. No mires a nadie riendo; no corras sin necesidad, y no grites.

Respetar la calle. La educación de un pueblo se juzga, ante todo, por el comedimiento que observa en la vía pública. Donde notes falta de educación fuera, la encontrarás también dentro de la casa. — *Tu padre.*»

Edmundo de AMICIS

GRÁFICA SOCIALISTA: San Bernardo, 92. — Madrid.

LEED "EL SOCIALISTA" TODOS LOS DIAS

Ayuntamiento de Madrid

Callos, ojos de gallo, durezas, etc., desaparecen con el

CALLICIDA OBRERO

Es el más barato y eficaz.

Precio, UNA peseta

JARABE DE RABANO IODADO

de resultado positivos en la clorosis, linfatismo, adenopatías, etc.

Precio, 2,35 pesetas

¿Sufrís jaqueca, neuralgias, ciática, etc.? Tomad el

SELLO NEURAL

y desaparecerán.

Precio, 0,25 pesetas

Salud. Energía. Vigor. Lo tendréis usando el

JARABE DE HIPOFOSFITO COMPUESTO

Precio, 3,50 pesetas

Afecciones del aparato respiratorio, toses pertinaces, se calman con el

JARABE DE BROMOFORMO Y HEROINA

Precio, 3,50 pesetas

¿Queréis que se os curen los catarrros crónicos? Usad la

SOLUCION DE CLORHIDROFOSFATO DE CAL CREOSOTADA

Es la más eficaz y económica.

Precio, 2,50 pesetas

Estos productos, de condiciones terapéuticas imposibles de superar y de extraordinaria economía, no los hallaréis más que en las siguientes farmacias, que sirven a La Mutualidad Obrera:

MESÓN DE PAREDES, 20.—Teléfono 74614. Abierta toda la noche.
SAN BERNARDO, 43.—Teléfono 95357.
GLORIETA DE LA IGLESIA, 1.—Teléfono 30277. Abierta toda la noche.
PACÍFICO, 7.—Teléfono 75840.
AVENIDA DE LA LIBERTAD, 21 (Tetuán).—Teléfono 30351.
HERMOSILLA, 3.—Teléfono 51427.
VALENCIA, 5.—Teléfono 72654.
AVENIDA DE LA REPÚBLICA, 23 (Puente de Vallecas).—Teléfono 70548.
PASEO DE EXTREMADURA, 52.—Teléfono 75081.
PASEO DE LAS DELICIAS, 161.—Teléfono 70868.
LOPEZ DE HOYOS 89.—Teléfono 58193.

No dejéis de hacer la prueba de estos productos, que no tienen rival en el mercado.



BOLETIN

DEL

SINDICATO DE OBREROS

DE LAS

ARTES BLANCAS ALIMENTICIAS

DE LOS GRANDES MAESTROS

En la sociedad burguesa, el trabajo viviente no es más que un medio de aumentar el trabajo acumulado; en la sociedad comunista, el trabajo acumulado no es sino el medio de ensanchar, de enriquecer y desarrollar la vida del productor.

En la sociedad burguesa, el pasado tiene la primacía sobre el presente; en la sociedad comunista, el presente tiene la supremacía sobre el pasado.

En la sociedad burguesa, el capital es independiente y personal, mientras que el individuo es dependiente y se halla privado de personalidad.

¡Y la destrucción de un sistema semejante es llamada por la burguesía la destrucción de la personalidad y de la libertad! Y con razón. Lo que se trata de abolir es la personalidad, la independencia y la libertad burguesas.

En las condiciones presentes de la producción burguesa, libertad significa cambio, libertad de comprar y vender. Mas una vez suprimido el comercio, el libre comercio debe caer con él. Las declamaciones contra el libre cambio, como todas las demás alharacas liberales de la burguesía, no tienen significación sino por oposición a las trabas comerciales, a los pequeños burgueses oprimidos de la Edad Media; no significan absolutamente nada en oposición a la destrucción comunista del comercio, de las relaciones de producción burguesa y de la misma burguesía.

Y EN

(Del Manifiesto comunista.)